

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

Aunque no sea conmigo

Daniela María Arosemena Centeno

Tutor: Juan Pablo Castro Rodas

Quito, 2024

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional

	Reconocimiento de créditos de la obra No comercial Sin obras derivadas	
-------------------------------------------------------------------------------------	-------------------------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------------------------------

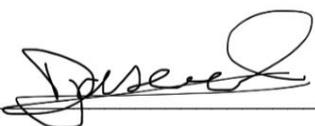
Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia

Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Daniela María Arosemena Centeno, autora del trabajo intitulado “Aunque no sea conmigo”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Máster en Investigación en Literatura, con mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que, en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

13 de noviembre de 2024

Firma: 

Resumen

Este proyecto tuvo por objetivo la escritura de una autoficción biográfica cuyo eje central fuera la herencia de traumas entre las mujeres de una familia. A través de una escritura en primera persona que indaga en la historia familiar, se pretendió examinar la existencia de una relación causal entre el sentimiento de abandono y la manifestación de enfermedades físicas y mentales que padecen las mujeres de una familia, utilizando la teoría de la epigenética de forma marginal. “Aunque no sea conmigo” dialoga con una tradición literaria de escritoras latinoamericanas que abordan temas como la pérdida, el abandono, la enfermedad, pero esta obra recurre a dos herramientas que la diferencian de las demás. Por un lado, se decidió proteger la privacidad familiar con el uso de un seudónimo, extendiéndose a la narradora-protagonista para así mantener el principio de identidad propio de la autoficción. Por otro lado, en la narrativa se exploró el pensamiento mágico como herramienta para ficcionalizar la infancia y para transitar el relato hacia la adultez. Por último, uno de los propósitos de este proyecto fue apuntar algo de luz tanto a los secretos familiares, con la esperanza de evitar arrastrar esa carga emocional, como a la experiencia de la enfermedad y su proyección en la escritura sobre el cuerpo.

Palabras clave: autoficción biográfica, literatura latinoamericana, escritura de mujeres, narrativa, herencia de traumas, secretos familiares

Para las mujeres de mi familia materna.

Agradecimientos

Agradezco a la Universidad Andina Simón Bolívar, por otorgar la beca completa con la que tuve la oportunidad de estudiar la Maestría en Literatura con Mención en Escritura Creativa. A Leonardo Valencia y Fernando Balseca, quienes despertaron en mí una mirada compasiva hacia la escritura. Agradezco especialmente a mi tutor, Juan Pablo Castro Rodas, por su perseverancia en este proceso extendido, su comprensión en momentos difíciles, y por recordarme que el comienzo está siempre al frente. Agradezco a mi madre y a mi padre, por haberme abierto las puertas a los infinitos mundos de la Literatura. A mi esposo, por acompañar, alentar, y respetar el proceso. A mi fiel compañera, por nunca separarse de mí, aún en las largas jornadas nocturnas de escritura. Por último, a las mujeres de mi familia materna, un agradecimiento por permitirme contar nuestra historia.

Tabla de contenidos

Introducción	13
Aunque no sea conmigo amada guerra	25
Obras citadas	77

Introducción

La motivación para la escritura de este proyecto nació con el descubrimiento de un secreto familiar conmovedor: el abandono sufrido por mi abuela materna cuando era una niña. Esta revelación encendió en mí una inquietud profunda por explorar cómo esta herencia de abandono ha moldeado la historia de mi familia materna. Con el tiempo, se volvió imperioso comprender si el sentimiento de abandono que me ha acompañado desde la infancia, había sido heredado —ya que no se sentía propio— y si guardaba una relación causal con las enfermedades físicas y mentales que hemos enfrentado las mujeres de mi familia en la adultez. En mi búsqueda, me pregunté: ¿es posible heredar el trauma causado por el abandono? La teoría de la herencia epigenética¹ sugiere que sí. Este concepto me llevó a examinar cómo el abandono materno-filial puede afectar la salud de las mujeres y, a su vez, influir en la construcción de la identidad. Esta pregunta me presentó el desafío de adaptar el concepto de herencia epigenética al ámbito de la escritura literaria.

En un principio, mi proyecto contemplaba la creación de una novela narrada en tercera persona, titulada “Eva Guerra”. En ella, una niña de imaginación vívida explora un universo onírico y, mediante saltos temporales, desvela su historia familiar marcada por el abandono sufrido por su abuela. Sin embargo, a medida que avanzaba en mi escritura, me resultaba engañoso enmascarar una narrativa basada en hechos reales como ficción; no porque el artificio me superara, sino porque sentía que no le hacía justicia a la verdadera esencia de la historia. No quería separar a los personajes —y a mí misma como autora— de las personas en las que se basaban. Por ello, decidí adoptar una narradora-protagonista en primera persona, que a través de saltos temporales entre la infancia y adultez relata la historia familiar.

Naturalmente, esta decisión me llevó a explorar la autobiografía, pero pronto abandoné la idea ya que el género literario resultaba rígido, especialmente si pretendía conservar un vestigio del universo onírico planteado en un principio. Pero, cuando la narrativa de la adultez se volvió tan relevante como la de la infancia, dejé de lado el universo onírico y exploré el pensamiento mágico —un pensamiento distorsionado en el

¹ Según esta teoría, los traumas pueden ser heredados genéticamente entre generaciones. Nuestros genes cambian por la influencia del ambiente mediante una suerte de etiqueta química (el epigenoma) que se adhiere a nuestro ADN y que funciona como un interruptor que modifica la expresión de los genes activándolos o silenciándolos. Un experimento, realizado con los sobrevivientes del Holocausto y con sus hijos, concluyó que no es necesario experimentar un evento traumático para heredar los efectos físicos y psicológicos del mismo.

que una persona se adjudica poderes inexistentes sobre lo que ocurre a su alrededor—. La incapacidad del “yo” para identificar entre lo real y lo ficticio en el pensamiento mágico me llevó a descubrir la autoficción, un género literario contemporáneo que conjuga lo real de la autobiografía y la ficción de la novela. La autoficción me permitió contar mi historia como autora–narradora–protagonista, centrada en la herencia de abandono entre las mujeres de mi familia materna. No obstante, cuando la escritura ya había tomado forma, reflexioné sobre el impacto que pudiera tener la publicación de esta obra en mi familia, por lo que, para preservar su privacidad, cambié los nombres de los personajes y adopté el recurso del seudónimo.

A continuación, realizaré una breve aproximación teórica a la autoficción y argumentaré la clasificación de *Aunque no sea conmigo* como una obra perteneciente a este género literario. Además, examinaré la transición del pensamiento mágico entre la infancia y la adultez. Finalmente, construiré un diálogo con las autoficciones escritas por mujeres latinoamericanas que abordan temas como pérdida, trauma, abandono, y enfermedad; entre ellas: *Lo que no tiene nombre* (2013) de Piedad Bonnet; *Sangre en el ojo* (2012) de Lina Meruane; *El cuerpo en que nació* (2011) de Guadalupe Nettel; *El invencible verano de Liliana* (2021) de Cristina Rivera Garza; y, *Huaco retrato* (2021) de Gabriela Weiner.

Autoficción

En el intrincado tapiz de la literatura contemporánea de las últimas décadas, la autoficción se ha consolidado como un género literario complejo que fusiona el testimonio autobiográfico con elementos correspondientes a la novela. Un sin número de críticos literarios atribuyen el neologismo “autoficción” al escritor y crítico literario francés Serge Dubrovsky, quien en 1977 lo acuñó para referirse a su obra *Fils*. Dubrovsky definió su escritura como: “¿Autobiografía? no. Es un privilegio reservado a las personas importantes de este mundo, en el ocaso de su vida, y con un estilo grandilocuente. Ficción de acontecimientos y de hechos estrictamente reales; si se quiere [una] autoficción” (1977, contracubierta). Aunque el término de Dubrovsky tuvo gran acogida en Francia, se produjo un amplio debate teórico sobre su definición y su aceptación como género literario.

El debate llegó al mundo hispánico en la década de 1990, cuando el fenómeno atrajo la atención de los críticos literarios españoles. En 1996, Manuel Alberca publicó *El pacto ambiguo*, uno de los primeros y más significativos estudios académicos sobre el

género literario. En él, Alberca señala que en los años setenta, mientras se producía una suerte de proliferación de autobiografías y memorias en España, surgía paralelamente un “tipo de relatos que se caracterizan por presentarse como novelas, es decir como ficción, y al mismo tiempo tienen una apariencia autobiográfica, ratificada por la identidad de autor, narrador y personaje” (1996, 9-10). Con esta nueva forma de escritura, el lector se enfrenta a un “campo intermedio entre los dos grandes pactos literarios [el novelesco y el autobiográfico]... necesitando inevitablemente un nuevo pacto de lectura, un pacto ambiguo” (10). Por un lado, en el caso del pacto autobiográfico, éste se basa en el principio fundamental de la identidad entre autor, narrador y personaje (A=N=P), así como en una referencialidad, mediante la cual el autor promete contar la verdad (Lejeune 1975, 64-76). Y, por otro lado, en el caso del pacto novelesco, éste se fundamenta en una no-identidad entre el autor y el personaje, y en una evidencia clara de la ficción (65).

Con el fin de sustentar la necesidad de un pacto ambiguo, Alberca regresa la mirada a la génesis de la autoficción, cuando Dubrovsky “concibió su artificio a partir de una de las casillas ciegas que la teoría del pacto autobiográfico [que Lejeune] presentaba” (1996, 10). Cabe explicar que, en su estudio de 1975, Lejeune pretendió trazar los posibles casos de escritura que podrían causar la intersección de dos variantes: el nombre del personaje y el pacto de lectura. Según Dubrovsky, en la casilla donde se encuentra que el nombre del personaje es el mismo que el del autor y se adopta un pacto novelesco, es donde surge la autoficción.

Así pues, Alberca propone que la clave del pacto ambiguo es lograr una mezcla indisoluble de elementos “ficticioautobiográficos” —sin borrar las huellas del referente— y así, con la ambigüedad plena, causar una vacilación lectora (15). En resumen, el efecto autoficcional de una obra depende tanto de la habilidad del autor, como de la disposición del lector para aceptar el “juego intelectual” generado por la ambigüedad (16). La crítica española Ana Casas, defiende que la autoficción “permitiría al autor hablar de sí mismo y de los demás con mayor libertad, sortear esa autocensura... inherente a la autobiografía, al tiempo que ofrecería al escritor la oportunidad de experimentar literariamente a partir de su propia vida” (2011, 17).

En último término, una vez establecido el tipo de escritura a seguir, consideré necesario delimitar un corpus literario con el que pudiera dialogar *Aunque no sea conmigo*. De esta manera descubrí que, en 1989, el escritor argelino Vincent Colonna, discípulo de Gerard Genette, clasificó la autoficción en categorías, como: fantástica, biográfica, especular o intrusiva (2012, 85-122). En el caso de la autoficción biográfica, Colonna coincide con Alberca en que el autor es el protagonista de su historia y debe

imaginar “su existencia a partir de datos reales, permaneciendo lo más cerca posible de lo verosímil” (94). Adicionalmente, Colonna puntualiza sobre el uso del nombre propio en la autoficción biográfica, en la que “se abandonan la omisión o la codificación, se dan los apellidos, los parónimos, los nombres de pila, el propio y el de los demás”, apuntando a una de las grandes cuestiones en la escritura de este proyecto: el uso del seudónimo (100).

Sin ánimos de explayarme en una apología a la autoficción, a continuación, me propongo exponer los pormenores detrás del uso del seudónimo. Posteriormente, pretendo abordar el uso del pensamiento mágico como herramienta para profundizar en la ambigüedad de la narrativa en la transición entre la infancia y la adultez. Simultáneamente, planteo entretener un diálogo entre *Aunque no sea conmigo* y la tradición literaria de autoficciones biográficas escritas por mujeres latinoamericanas seleccionadas como parte del corpus literario de investigación.

Seudónimo

Aunque no sea conmigo narra la vida de Amada, la protagonista, quien, a través de una voz en primera persona autodiegética en el presente histórico, relata los episodios inaugurales de su infancia que guardan relación con el sentimiento de abandono que la han acompañado desde temprana edad (un accidente grave, la muerte de familiares, el descubrimiento de un secreto familiar) y construye una narrativa por medio del pensamiento mágico. En su adultez, Amada descubre un secreto familiar y se convence de que el mismo es el origen de los padecimientos de su mente y su cuerpo; cree que si lleva a la luz al monstruo que se oculta en “lo no dicho”, podrá recuperar su sanidad. Así, la escritura se convierte en una expedición arqueológica en la que, entre más se desentierra más desenmudece la voz ancestral que, tras ser liberada, se siente como antídoto, para el dolor y para la propagación del infortunio generacional.

En este proyecto de escritura, se utiliza el seudónimo “amada guerra”, un recurso de enmascaramiento que, como explica Philippe Lejeune, es “simplemente una diferenciación, un desdoblamiento del nombre, que no cambia en absoluto la identidad” (1975, 62). La decisión de que el seudónimo autorial corresponda con la identidad nominal de la narradora-protagonista, refleja la intención de mantener la identidad entre autor, narrador y personaje, fundamental para la autoficción. El seudónimo en minúsculas es una elección deliberada, que toma como referencia el empleado por la feminista afroamericana bell hooks (Gloria Jean Watkins). Watkins toma el nombre de su bisabuela

para desviar la atención del lector hacia el mensaje de sus escritos, en lugar de a su identidad. Sin embargo, el motivo aquí es distinto y cumple un doble propósito: primero, como fue mencionado anteriormente, busca proteger la privacidad de aquellos sobre quienes se escribe; segundo, pretende ejemplificar la teoría epigenética, que sostiene que lo que afecta a una persona puede tener impacto en sus descendientes, por medio de la herencia del nombre.

El seudónimo se compone por dos nombres: “amada”, que es tanto el primer nombre de mi abuela materna como un adjetivo que significa “querido o extremadamente apreciado”; y, “guerra”, que es el apellido materno de mi abuela materna y un sustantivo que significa “lucha armada entre dos o más naciones o entre bandos de una misma nación”. Esta combinación sugiere una paradoja: amar lo que causa daño. De esta manera, se refleja la adicción al conflicto que es producto de una crianza caótica en un hogar conflictivo. Aunque puede parecer paradójico elegir el género autoficcional para construir una identidad que será oculta detrás de un seudónimo, esta decisión fue fundamentada por la búsqueda de privacidad, especialmente al tratarse de familiares cercanos que siguen con vida. Sobre este tema, en la investigación se descubrió que el rechazo al uso del seudónimo se debía a la anulación de la identidad nominal entre autor y narrador-personaje. De modo que, esta obra plantea una adopción de un seudónimo autorial que se extiende al nombre del personaje-narrador, proponiendo la apertura de una nueva arista en la autoficción.

Si devolvemos la mirada a *El Pacto Ambiguo* de Manuel Alberca, él se enfoca en la necesidad de un compromiso por parte del lector para mantener la lectura en clave autoficcional. Asimismo, menciona a manera de advertencia, que sería ilícito, aunque probable, que el lector busque comprobar los datos biográficos conocidos extra textualmente para contrastarlos con los ficticios (1996, 16). Teniendo esto en cuenta, me propuse analizar lo escrito y descubrí que las únicas “pistas” que he dejado en la obra, con las que el lector pudiera buscar comprobar mi identidad y reventar la burbuja que he construido alrededor del seudónimo, son los nombres de mis antepasados fallecidos.

Pensamiento mágico

Uno de los elementos ficcionales, o herramientas si se quiere, que se aplica en *Aunque no sea conmigo* es el pensamiento mágico, o la creencia de que las ideas, los pensamientos, las acciones, las palabras o el uso de símbolos puede influenciar el curso de eventos en el mundo material (Vandenberg). El pensamiento mágico presume una

relación causal entre la experiencia personal interior y el mundo exterior (Vandenberg). Según Piaget, para los niños, antes de los siete u ocho años, sus padres son Dioses, y es obvio que —desde su perspectiva— lo que ocurre en el mundo se debe a su actividad o la de otros hombres en general (1929, 382). Así como en el pasado las erupciones volcánicas eran atribuidas al enfurecimiento de los Dioses a causa del mal obrar de los humanos, un castigo hacia ellos; un niño o niña puede pensar que un exabrupto de violencia de uno de sus progenitores se debe a algo que él o ella ha hecho para causarlo. Por ende, cree que tiene el poder para controlarlo o evitarlo, y que el control de las emociones de sus progenitores es, en cierto grado, sujeto a su voluntad y se siente responsable. El pensamiento mágico también se utiliza para navegar el sentimiento de culpa que atraviesa la protagonista al verse víctima de una relación filial con indicios de violencia psicológica.

En *Aunque no sea conmigo*, la protagonista recurre más que nada a la creencia en supersticiones, magia y adivinación. La nadadora-protagonista reescribe los eventos inaugurales de su infancia con una voz *naïf* que conjuga curiosidad y exageración. A ratos recurre a la tercera persona, ya que, recordando a Lejeune, “el niño habla de sí mismo en tercera persona al designarse por su nombre de pila, mucho antes de comprender que también puede usar la primera persona” (1975, 59). Precisamente, fueron la infidelidad de la memoria y la capacidad de autofabulación en la cúspide de la niñez, las que permitieron la construcción de las reminiscencias de infancia. El pensamiento mágico permite la incursión en el territorio de lo fantástico, sin abandonar la ambigüedad ni la verosimilitud. Inclusive en una escena en la que la protagonista ve cómo sus manos se convierten poco a poco en las de una rata, se puede pensar que es veraz ya que ocurre producto de su imaginación, sin el hecho estar ocurriendo en el plano físico que habita la protagonista.

Esta autoficción se estructura a base de saltos en el tiempo que dirigen al lector entre la infancia y la adultez; con esta técnica literaria se pretende entreverar los episodios inaugurales de infancia en un complejo entorno familiar —asomando apenas la mirada en la adolescencia— con los momentos de adultez, para evidenciar el camino que llevó al deterioro mental y físico de la protagonista. Por un lado, el tiempo de la historia abarca el lapso de los treinta y dos años vividos por la autora. Mientras que el tiempo del relato es no lineal, fragmentado por medio de anacronías, que en su gran mayoría coinciden con el corte de capítulos. Las analepsis y prolepsis simulan el pensamiento de la narradora, que vive constantemente en un tiempo ajeno al presente. El uso de la primera persona en el presente histórico para narrar el pasado refuerza el argumento de que la protagonista

vive en un tiempo que no es el actual. Además, la noción causal del pensamiento mágico se yuxtapone al anacronismo para ejemplificar las asociaciones causales establecidas en la infancia y cómo estas perduran en la adultez. A lo largo de la narración se emplean pausas narrativas, señaladas por asteriscos, para introducir reflexiones a modo de comentario, que evidencian un monólogo interno obsesivo, casi obsesivo-compulsivo, que apunta a la ansiedad patológica.

Construcción de las relaciones materno-filiales

En lo que se refiere a la construcción de las relaciones materno-filiales dentro del relato, la tarea fue compleja, especialmente, debido a la necesidad de plasmar la reverberación del abuso en cuatro generaciones. El presente histórico, en conjunción con los saltos en el tiempo, permitieron proyectar acciones puntuales, que ocurrieron en distintas dimensiones temporales, como si fueran contemporáneas. Para ello, fue esencial que los saltos en el tiempo sean claros, para permitir de manera plausible, que el sentimiento de abandono transite en la narrativa con la misma fluidez con que la lluvia descende por los peldaños de una escalera. En la escritura se juega con las manos como vehículo, tanto de liberación como de condena. Por ejemplo, la mano de la abuela que se eleva y golpea a la madre, se convierte en la mano de la madre que golpea a la hija, que se convierte en la mano que no golpea porque no es madre. También, las manos se convierten en alerta del cuerpo, le avisan cuando algo no va mal; por ejemplo, cuando las manos de la protagonista se convierten en las manos de una rata, lo que evidencia el deterioro de la autoestima en la protagonista.

De las obras que componen el corpus literario, *Huaco retrato* (2021) de Gabriela Wiener fue la que sirvió de mayor referencia para la estructuración de una narrativa ordenada en la que se identificara claramente la jerarquía familiar, sin dejar de lado el componente de herencia emocional. En su relato, Wiener dirige la mirada a su pasado y articula un relato capaz de explorar la doble moral de su familia en relación a su antepasado colonizador Charles Wiener, mientras expone simultáneamente la herencia colonial del racismo en el Perú, haciendo un pequeño guiño al abandono. Su escritura clara, a ratos satírica, revela una existencia intrínsecamente ligada a la de su antepasado, aunque con una oposición evidente a ello. Wiener escribe con astucia desde su perspectiva de mujer queer, poliamorosa y mestiza, en la diáspora peruana en Madrid.

El europeo dejó a un niño peruano que a su vez tuvo diez hijos, uno de los cuales fue mi abuelo que a su vez tuvo a mi padre, que me tuvo a mí, que soy la más india de los Wiener.

Mi abuelo tampoco solía entrar en detalles sobre Charles, básicamente porque no los tenía. Es curioso cómo lograron en esa familia en tantos años hacer coexistir el orgullo por el patriarca y la vergüenza por su abandono en un solo gesto.

Si intentara hacer un resumen similar de mi vida habría que sumar a mi condición de migrante actual de una excolonia española en España, la naturaleza bastarda en la que me dejan las expediciones científicas franco-alemanas del siglo XIX, movimientos geopolíticos que me hacen, a la vez, descendiente del académico y un objeto arqueológico y antropológico más. (2021, 37-8)

En su autoficción, Wiener transita la etapa inicial del duelo por la pérdida de su padre, en un principio con un recuento de unos cuantos autores que han tenido experiencias similares. En particular, recuerda las palabras que repite una y otra vez Piedad Bonnet en *Lo que no tiene nombre* (2013): “Daniel se mató” (17). En su obra, Bonnet recuenta los eventos en torno al suicidio de su hijo, que padecía esquizofrenia. La forma en que la autora retrata el suicidio de su hijo, fue referencia indubitable para la reconstrucción literaria que hice del accidente que tuve a los tres años de edad cuando caí de una torre de tres metros de alto en contra del pavimento. La impotencia de la madre ausente ante el desasosiego del cuerpo cayendo, imágenes vívidas de momentos que ni ella ni yo vivimos pero que experimentamos por medio de nuestra imaginación. El eco que se extiende al accidente que tomó la vida de una prima cercana, mismo que tampoco presencié.

Con los pocos elementos de que dispongo reconstruyo imaginariamente las circunstancias, esas que hacen de toda muerte un hecho único, pero más único esta vez, porque Daniel no ha muerto plácidamente en su cama, adormecido por calmantes, como todos soñamos morir, sino que ha saltado desde el techo de un edificio de cinco pisos para ir a estrellarse sobre el asfalto. (2013, 20)

Otro punto sobre el que reflexiona Bonnet, que resonó con el trabajo de escritura en *Aunque no sea conmigo*, fue el poder que tiene la fotografía para trasladarnos a un momento, para devolvernos a una persona. Sin embargo, estas también conjugan el dolor que se siente al darse cuenta que quienes están en ellas algún día serán caras desconocidas, al pasar años serán solo un nombre, al pasar décadas solo un parentesco, y para futuras generaciones, seremos sangre. En general, se puede decir que los recursos extratextuales como las fotografías, las anécdotas, el diario íntimo de mi madre, me permitieron comprender la importancia del punto de vista en la construcción de una narrativa personal.

Por su parte, Cristina Rivera Garza escribe *El invencible verano de Liliana* (2023), donde trata el duelo fraternal, más no filial, producto del feminicidio de su hermana Liliana hace más de treinta años. Esta obra resulta enriquecedora para el corpus y el diálogo con *Aunque no sea conmigo* cuando se la examina desde la óptica de pérdida

colectiva de hijas, madres, todas a manos del feminicidio. Me permito estirar un poco la metáfora para comparar a Liliana con Eva Guerra, la madre de mi abuela, ambas privadas de una vida como mujeres dignas, cerca de sus seres queridos; ambas víctimas del heteropatriarcado opresor. El destino de Liliana es conocido, el dolor lo sobrellevaron su familia y amigos, mientras que Eva sufrió sola, y en silencio, ser apartada de sus hijas por un hombre del que llevo su sangre; como Gabriela lleva la sangre de Charles. Para concluir, de Cristina Rivera Garza siempre queda esa prosa poética que encuentra una manera delicada de decir hasta la más cruel de las verdades; leerla es abrir una ventana a la autocompasión.

Enfermedad

Cuando el relato alcanza la etapa de adultez joven de la narradora-protagonista, la enfermedad física y mental se manifiestan. Es entonces cuando se genera el diálogo con *Sangre en el ojo* (2012) de Lina Meruane y *El cuerpo en que nací* (2011) de Guadalupe Nettel. Después de alejarse de un entorno familiar que repele la enfermedad —producto de la inseguridad económica y el trauma propio de su madre— Amada se adentra en un estado de reivindicación del cuerpo, y se permite sentir aquello que reprimió por décadas. Este periodo de su vida se caracteriza, hasta cierto punto, por una hipocondría creciente. Cuando la medicina occidental es incapaz de proporcionar respuestas, duda de la veracidad de sus síntomas y en un acto desesperado explora hipótesis que van desde un origen psicosomático de sus dolencias hasta la teoría de la herencia epigenética, buscando con ello eludir cualquier responsabilidad personal, al atribuir su condición a una suerte de tara hereditaria.

En *Sangre en el ojo* (2012), Meruane relata su experiencia con una hemorragia ocular severa que transformó su vida, mientras que en *El cuerpo en que nací* (2011), Nettel ofrece una perspectiva de infancia frente a una enfermedad ocular. En “Punto ciego del yo: autoficción y padecimiento en Meruane, Nettel y Meabe”, Ana Casas destaca el carácter testimonial de la autoficción, al mismo tiempo que desentraña la intersección entre intimidad, cuerpo y autoficción en la narrativa escrita por mujeres en el último siglo.

La asunción del cuerpo patológico va en paralelo con la asunción y el goce del cuerpo sexuado: así lo revelan la epifanía final de Nettel, la actividad erótica de Meruane o la pasión desaforada de Meabe. Una red de correspondencias que sitúa el relato de la enfermedad —más tratándose de los ojos— como la expresión simbólica de procesos vitales que recogen la experiencia personal de sus autoras, trascendiéndola y universalizándola. En este sentido, la autoficción se revela “idónea para la escritura del yo comprometido o precarizado por la enfermedad”, pues “posibilita, por un lado, la toma de distancia con

respecto a la representación traumática de [esta], desde un punto de vista estrictamente autobiográfico; a la vez que permit[e] ‘acortar’ esta distancia desde el punto de vista meramente ficcional” (Suquet: 123-124). (Casas 2017, 53)

Posteriormente, Madeleine Ouellette-Michalska (2015 citado en Casas 2017) elabora preguntas acerca de la relación entre las mujeres y el cuerpo en la escritura: “Pourquoi tant de révélations sur sa vie intime et celle de ses proches? Pourquoi un tel besoin de fouiller l’inavoué, ou même l’inavouable, pour en extirper ses zones d’ombre et ses secrets? [...] Pourquoi tant de femmes et pourquoi tant de corps? Existe-t-il un lien entre la femme, l’autofiction et le corps? (p. 79)” (43).² En las autoficciones que ocupan a esta investigación, la escritura no solo sirve para construir, deconstruir, y reconstruir la identidad, sino también para explorar y comprender el impacto de las experiencias personales en el cuerpo. Como fue en el caso de *Aunque no sea conmigo*, me atrevo a decir que las experiencias de estas autoras encontraron sentido a través de la escritura. Son escritoras cuyas vidas pudieron haber seguido adelante con los silencios y las distorsiones temporales que la muerte, la enfermedad, la injusticia, y el trauma traen a la vida, pero que eligieron aplicar la fórmula más efectiva conocida por el escritor: la escritura.

Conclusión

La escritura autoficcional fue un ejercicio mnésico, una escritura de la vida, por medio de la cual pude desentrañar los complejos engranajes familiares y dar voz a los silencios. El ejercicio consistió en traer el pasado al presente, revivir las escenas, luchando contra la tentación de ajusticiar o corregir en exceso, con el afán de conservar la verosimilitud. El abandono sufrido por mi abuela fue físico, permanente, traumático. Sería imposible identificar si las consecuencias que ha traído ese abandono a las relaciones materno-filiales de la familia se deban a una herencia epigenética de síntomas, ya que, si se indaga en esta hipótesis, tanto mi abuela, mi madre, como yo, hemos experimentado el abandono en la infancia en distintas gradaciones. Por mi parte, una madre incapaz de controlar sus emociones y un padre a ratos ausente. Con la escritura exagero los paralelos que he compartido con mi abuela. Ambas tuvimos un accidente cuando éramos niñas, pero comparar el abandono y ausencia definitiva de la madre no se

² “¿Por qué tantas revelaciones sobre su vida íntima y la de sus allegados? ¿Por qué tanta necesidad de profundizar en lo no reconocido, o incluso en lo innombrable, para extirpar sus zonas grises y sus secretos? [...] ¿Por qué tantas mujeres y por qué tantos cuerpos? ¿Existe un vínculo entre la mujer, la autoficción y el cuerpo?”. Traducción propia.

comparan con haber tenido una relación lejos de ideal con una madre, por el simple hecho de que hay un suelo sobre el cual trabajar.

La memoria, el archivo propio, los álbumes de fotografías familiares, los videos caseros, y las anécdotas de familiares, son destellos de luz que alumbran la oscuridad de la página en blanco. De manera más íntima, utilizar el diario de mi madre, sin su conocimiento, me permitió visitar los recuerdos de infancia desde una óptica ajena. Las conversaciones con mi tía abuela, en repetidas ocasiones, resultaron ser una autopista para la escritura. En las entrevistas informales con familiares descubrí que los eventos traumáticos se ocultan en lo más profundo del ser para evitar el sufrimiento. Sin embargo, todo lo que se oculta, encuentra la forma de salir a la luz. El trauma, por ejemplo, se expresa por medio del cuerpo, causando dolor físico. El acto de escribir se convirtió en un vaivén, donde de un lado pesaba el mandato de honrar a padre, madre, abuelos —de respetar sus deseos para evitarles el dolor—; y, por otro lado, el hacer lo posible por descubrir la identidad propia, y reconectar con el cuerpo.

Aunque no sea conmigo
amada guerra

Los padres comieron uvas agrias,
y a los hijos les duelen los dientes.
(Ezequiel 18:2. Nueva Versión Internacional)

Todas las familias felices se parecen unas a otras,
pero cada familia infeliz lo es a su manera.
(Léon Tolstói)

Escribir sobre la familia es sin duda alguna
el medio más seguro de enfadarse con ella.
(Delphine de Vigan)

The greatest burden a child must bear is the
unlived life of the parents.
(Carl Jung)

I sat with my anger long enough
until she told me her real name was grief.
(C.S.Lewis)

1

El accidente ocurre al caer la tarde.

Todas las tardes, después de la escuela, decenas de niños invaden el parque de la mano de sus niñeras. Las madres estarían en alguna reunión social, en casa viendo alguna novela, devorando alguna revista, o chismeando por teléfono. Tengo tres años, y mi hermana Marcela, cinco. Caminamos de la casa al parque acompañadas por Haydé, una joven de dieciséis años que hace poco empezó a trabajar en nuestra casa. Mi hermana es intrépida. Sube y baja las colinas de césped con total dominio de su bicicleta. Intento seguirla sin éxito. Treparamos por las ramas de los árboles, extendidas hasta veinte metros de alto. Perseguimos a las iguanas sin temor al latigazo. Jugamos al fútbol con los niños. Las niñas juegan a las muñecas. Nos columpiamos y resbalamos hasta el agotamiento. Corremos de vez en cuando donde Haydé a tomar agua de nuestros termos. Como nos gusta molestar, nos escondemos detrás de los geranios de la jungla hasta ver a Haydé entrar en pánico. Entonces salimos corriendo y reímos a carcajadas.

Una torre cilíndrica, de tres metros de alto, con fachada de ladrillos grises, es la novedad del parque. En su interior funcionan los servicios higiénicos. En las fachadas laterales, una escalera y una gran resbaladera. Subo por la escalera angosta de metal, empotrada a un costado de la torre, aferrándome de los manubrios, siguiendo cada maniobra de mi hermana. Llega a la cima, y con sus brazos debajo de mis axilas, eleva mi pequeño cuerpo y lo ubica sobre el techo de cemento, permitiendo que mis pies pisen firme. Sobre nosotras, un techo de zinc translúcido soportado por una estructura de metal. Nos rodea un muro bajo de ladrillos, con almenas que se alegran cuando la brisa cosquillea sus entrañas y, al igual que nosotras, contemplan el horizonte. Camino hacia el muro, me elevo de puntillas y apoyo la barbilla entre las almenas. Es tan grande como un reino. Los árboles inmensos son las guaridas de las iguanas; en sus ramas hacen nidos y depositan sus huevos. A los gatos y las culebras les gusta esconderse en los arbustos. Mi madre se enfurece cuando nos encuentra escondidas ahí; también, cuando nos escapamos de casa y entramos a escondidas a los terrenos con casas en construcción. En días soleados, temprano por la mañana, la luz encuentra su camino entre las ramas de los árboles y el parque resplandece como la entrada a un bosque encantado. Cuando empieza a caer la tarde parecemos tigres de bengala, con la piel teñida naranja por el sol y las rayas negras de mugre acumulada en los brazos y el cuello. Es invierno, mes de abril, de los

días más calurosos del año en Guayaquil. A lo lejos alcanzo a ver la pérgola donde buscamos refugio cuando llueve. Allí, debajo, está sentada Haydé.

En la cima de la torre se forma una fila. Escucho cómo los niños grandes se vanaglorian con sus setecientas mil quinientas tres conquistas de la resbaladera de acero inoxidable. Mi hermana me jala y nos colamos en la fila. Los niños ansiosos descienden uno tras otro hacia el abismo. Mi hermana se sienta en el borde de la resbaladera, agarra impulso con los brazos y se lanza. Así, sin voltear a verme, sin despedirse, sin unas palabras de apoyo, sin un abrazo. En cuestión de un segundo está en tierra firme, saltando de alegría, orgullosa, con una sonrisa de oreja a oreja.

Me siento al borde de la resbaladera, pero una fuerza desde el centro de mi pecho me succiona. Me siento minúscula. El abismo se me presenta como la muerte misma. El colorido parque ahora es tan oscuro como la boca de un lobo. No puedo ver el final de la resbaladera. Pierdo de vista a mi hermana, a quien sentí tan cerca hasta hace unos segundos. Los niños grandes parecen hormigas en el suelo. La imponente escalera es ahora tan angosta como una caña de azúcar. El sudor brota a chorros de mis manos y baja por la escalera formando una cascada. Giro mi cuerpo tembloroso hacia la torre e intento ponerme a salvo, pero la aglomeración es tanta, que la fila ha desaparecido. En su lugar, una masa humana quejumbrosa, fatigada y asfixiada. Uno de los niños grandes me agarra de los hombros, gira mi cuerpo hacia el precipicio, y me ruega a gritos que me lance.

Hasta este momento, la aglomeración ha llamado la atención de las niñeras, pero ver a una niña tan pequeña en caída libre desde semejante altura debe ser todo un espectáculo. Las niñeras palidecen y corren a buscar a los suyos. Los niños berrean en pánico desde la cima de la torre. Nadie quiere tocar la resbaladera por miedo a caer. La masa está asfixiada. Mi hermana salta y agita los brazos, pegada a mi cuerpo que yace inmóvil sobre el piso de cemento.

—Se cayó, Amada se cayó, ¡Amada se cayó! —grita eufórica.

Es un evento fugaz. Mi cuerpo se estrella contra el suelo como las estrellas fugaces contra el universo. Un golpe alucinante, limpio.

Al siguiente día resucito de entre los muertos. Mi cuerpo está pegado a una cama en la UCI de un hospital. Incapaz de levantar cabeza. Abro los ojos e intento hacer sentido de lo que veo entre tanta borrosidad. De inmediato media docena de médicos y enfermeras irrumpen en la habitación. Un haz de luz cruza frente a mis pupilas. Una estrella fugaz. El invierno roza mi pecho desnudo. Frío. No sé qué ocurre.

—¿Cómo te llamas? —pregunta un médico.

—Amada —respondo.

Quiero a mi mamá, pienso desesperada.

—¿Cuántos años tienes?

—Tres.

—¿Cuántos dedos ves? —levanta la mano derecha haciendo un gesto.

—Dos —respondo.

No respiro hasta que mis ojos se encuentran con los de mi madre. Cuatro bolas de cristal. “Tranquila”, alcanzo a leer sus labios. Escucho a mis padres hablar con el médico por unos minutos, pero no entiendo qué dicen. Están lejos, cerca de la puerta de la habitación.

—Tuvo suerte —dice el médico con un tono de voz triunfante.

Que hagamos de cuenta que el cráneo se partió en dos, como un coco. Una fractura lineal perfecta. Que a esa edad el hueso es flexible, como plastilina. Que mi cerebro se está deshinchando. Que no hay indicios de traumatismo craneoencefálico. Que debo descansar. Que si el golpe hubiese sido más fuerte, fuese otra la historia. Que tuve mucha suerte.

*

¿Suerte?, me pregunto unas décadas después.

2

Es domingo por la tarde, estoy en la habitación de mis abuelos. Tengo doce años, mi abuela sesenta y nueve. La acompaño a vestirse para salir a almorzar con la familia. Entramos a su baño. Las paredes están cubiertas de piezas diminutas de cerámica verde oscuro y verde limón. La cortina floreada de la ducha y el inodoro también son verdes. El borde de madera del espejo enorme que ocupa la pared detrás de los dos lavabos, color verde envejecido. En la pared, arriba del inodoro, un anaquel con cinco repisas largas de vidrio, con pared de vidrio, sobre las que descansan decenas de productos de baño. Perfumes, desodorantes, talcos, cuatro botellitas de Afrin, tres de talco, dos de desodorante, todos idénticos, solo uno más viejo que otro. El baño huele a mertiolate. En la repisa más alta se alcanza a ver un cofre de madera pintado de dorado, con una tapa cubierta de piedras color verde esmeralda. Dentro, la llave maestra de la casa.

Mi abuela suele demorar una hora y media. Se baña, se seca, se sienta en el banco del *walking clóset* que conduce al baño y unta su cuerpo entero con crema. Pasa la secadora de pelo por su cabeza. Sale al cuarto en ropa interior y pantuflas. Se sienta en el sofá, tapizado con terciopelo rosa. Se agacha hacia delante y desde la punta de sus dedos sube una media nylon color crema por su pierna derecha, hasta la rodilla. Al hacerlo, roza con sus dedos una gruesa cicatriz que circunda a medias su pantorrilla. Angustiada, pregunta:

—¿Aquí qué me pasó?

—Si tú no sabes, peor yo —respondo, encogiéndome de hombros, intrigada.

En el *walking clóset* elige un conjunto fucsia con verde limón, unos zapatos de taco, y una cartera. Se viste, talquea sus pies. Se sienta frente a su tocador de madera oscura —herencia de su abuela— y se perfuma. Luego se maquilla con sombras del color de su piel, labial rosado, y rubor fucsia. Con la llave que saca de su cartera, abre un compartimento secreto del tocador, y agarra una cajita musical en la que guarda sus joyas. Aretes y collar de perlas, como de costumbre.

Somos las últimas en subir al auto. Vamos a un restaurante de ceviches. Busco sentarme junto a Alicia, la única hermana de mi abuela, y le pregunto:

—Tía, ¿qué le pasó a mi abuela en la pierna?

—Mi hermana tuvo un accidente fuerte, era bien pequeña, casi pierde la pierna. Pero no hablemos de eso, cuidado nos escucha que se pone nerviosa cuando lo recuerda.

—¿Cuántos años tenía?

—Creo que no habrá tenido más de dos años. Nuestros padres...

—¿Tus padres qué?

—Nada, nada —titubea.

—Cuéntame, ¿qué pasó con tus padres?

—Nada. En otro momento te cuento. Tu abuela nos puede escuchar, luego se pone nerviosa.

*

Mi abuela cayó conmigo. En un tiempo y un espacio distinto. No sabe cuándo, dónde, ni cómo. Su pierna es un desmiembro. Ella tiene dudas de que su accidente ocurrió —porque su mente le impide recordar— pero ve y siente la enorme cicatriz que circunda a medias su pantorrilla derecha. Yo no tengo dudas de que mi accidente ocurrió, porque un extenso archivo fotográfico lo evidencia, pero tampoco lo recuerdo. Con mis manos toco los dos moños enormes con los que mi madre suele decorar nuestras cabezas, y siento mi pelo lleno de laca como un casco duro, de plástico o acrílico. Quizá eso me hubiera protegido la cabeza cuando me caí, pienso. Escarbo con fuerzas para abrir las hebras de pelo. Con las yemas de mis dedos masajeo mi cráneo, buscando alguna cicatriz, pero mis manos quedan desilusionadas.

Revivo el momento. Tengo seis años, los niños grandes del parque me acosan, se burlan de mí, recuerdan mi accidente con claridad. Dicen que quedé “así” por el accidente. Mis padres me dicen que me ría, que me resbale... No sé si refieren a que me resbale de nuevo por esa resbaladera o qué. Mi hermana me defiende, les clava puñetes en las costillas, patadas en las canillas. Admiro la violencia. Ellos ríen. Envalentonados. Los golpes de una niña no duelen, dicen. La horda de niños murmulla y un apodo brinca al aire: Madonna. No tiene que ver con el accidente, pero sí con la separación entre mis incisivos centrales superiores. Revivir la caída y escuchar el apodo duelen por igual. Espero con ansias volver a casa.

Mi habitación me socorre. Entro al baño y esquivo la mirada de la niña que aparece en el espejo. Con mi mano cubro mi boca y le sonrío. Mi abuelo cree que tengo la sonrisa más linda del mundo, me lo dice siempre. Bajo mi mano. Oculto mis dientes de morsa detrás de una mueca. Mueca que ocultó cualquier vestigio de mi primera comunión. ¡Ni una sola foto buena!, exclamó mi madre ofuscada cuando el fotógrafo trajo las fotos impresas para que elijamos las mejores para el álbum de recuerdo. También, para enmarcar la “mejor” y enviarla a casa de mis abuelos paternos donde sobre una mesa

exhiben las fotos de ocho de mis trece primos haciendo la primera comunión. Pero no hay una mejor. En todas está la mueca. Interpongo mi labio inferior detrás de mis dientes superiores. Succiono con vigor. Veo de frente al espejo con un ojo abierto y el otro cerrado, extendiendo mi brazo y con mi mano le tapo la boca a la niña fea.

*

—¿Por qué no me quieres decir qué te pasó? Te caíste, ¿verdad? —insisto cuando estamos de vuelta en casa.

—¡Es que no sé, ya te dije que no me acuerdo! —se queja impaciente.

—Abuela, ¿sabes que yo también me caí? Cuando tenía tres años y medio.

—No me acuerdo... Pero yo te veo bien —responde con cara confundida.

—Si te cuento algo, tú me tienes que contar algo, así funciona —digo, seria, apoyando mis puños sobre los costados de mi cintura.

—Te cuento que tu abuelo usa dentadura postiza y cuando se está quedando dormido o se ríe muy fuerte, le baila dentro de la boca —dice, riendo a carcajadas.

—Eso ya lo sabía —digo, aguantando la risa.

—Te cuento que... yo copiaba en todos mis exámenes de matemáticas en el colegio. Las monjas no sabían. Me cosía las pollas en el reverso de la falda. Si mi padre hubiese sabido...

Va a ser imposible, pienso.

3

Esa que cae no soy yo.

Vuelo por todo lo alto y siento el aire fresco rozar mi cara. El sol resplandece. Reconozco las hileras de casas y las calles. Vuelo cerca de los techos y alcanzo a ver la enorme palma voraz verde-limón que le perdona la vida a quienes visitan mi casa. Esa palma se traga todo, dice mi madre. Menos a los invitados, supongo. El viento me lleva al oeste, hacia el rugido que descubro es el caudal de un río café, sucio. Me siento en la cima del mundo —súper poderosa— lo más grande que me he sentido jamás. Puedo volar, como Peter Pan con sus polvos mágicos o como dice la canción de R. Kelly. Todos estos años engatusada por la sublime fantasía de volar, que olvidé a mi madre, con seis meses de embarazo, llevando mi pequeño cuerpo en brazos al hospital. La vergüenza estrella mi autoestima contra el suelo, como se estrelló mi cuerpo contra el cemento tantos años atrás.

*

Tengo treinta años, los que tenía mi madre cuando nací y tres menos de los que ella tenía cuando ocurrió mi accidente. Tuvo suerte, dijo el doctor. ¿Desgracia con suerte?, me pregunto ahora, recuerdo a Tana Ferro en *Un novio para mi mujer*, y sonrío. Sobrevivo a la muerte y me entrego a la angustia. Cuando los escenarios son infinitos, pienso hasta en las formas jocosas en las que pudiera perder la vida. Humor, ante todo.

4

El primer fin de semana del mes de febrero, cuando acaban las clases, mi padre, mi madre, mis hermanas, y yo, llegamos a un departamento alquilado en una playa cerca del balneario más grande y cercano a la ciudad. Dos horas y quince minutos de recorrido.

—¿La conciencia algún día para de hablar? —pregunto desde el asiento trasero del auto.

Tengo seis años. Leo en voz alta cada anuncio que se me cruza en el camino. Mi madre señala un letrero que se aproximaba en la calle y me llama por mi nombre, queriendo distraerme de la pregunta que acabo de hacer. Vuelco mi cuerpo contra la ventana, pego las manos en el vidrio y observo el letrero con asombro.

—Se-ven-de-hie-lo. ¡Se vende hielo! —grito emocionada.

—Muy bien hija, lo hiciste perfecto.

Me siento una Diosa por sus palabras. Mi padre es un hombre joven, alto y aventurero pero cauto. Disfruta de los viajes familiares en auto y es quien siempre conduce. Mis hermanas y yo viajamos en el asiento trasero del Mini Blazer concho de vino.

—Ma-má —digo en voz alta. Toco el hombro de mi padre y empieza el juego.

—Ma-rio-ne-ta —dice mi padre.

—Ta-bla —dice mi hermana.

—Blas-fe-mia —dice mi madre.

—Mia-mia-mia —repito hasta que una carcajada me avergüenza.

—¡Perdiste! —exclaman al unísono, riendo.

Oculto mi vergüenza detrás de la mueca. Aprieto mis puños con el vigor con el que aprieto mi labio inferior. Mis uñas marcan unos surcos en mis palmas. Se forma un nudo en mi garganta.

—Si creen que todo lo saben, pues, sabelotodos díganme una palabra con “mia” —digo gritando. Frunzo el ceño, aguanto las lágrimas, y dirijo una mirada penetrante a los ojos de mi padre por el retrovisor.

—Hija, no te puedes poner así, es solo un juego —dice mi padre.

—Sí, tienes que aprender a perder, a todos nos puede pasar —dice mi madre.

—El que se pica pierde —susurra mi hermana a mi oído.

Le clavo un dedo en la costilla. Ella jala mi pelo. Hasta que mi madre nos detiene.

—A ver, vamos de nuevo. Hor-mi-ga. —dice mi padre con una sonrisa forzada.

—Ga—bar—di—na —dice mi madre.

Llegamos a una zona desierta de la carretera, donde perdemos la señal de la radio. Mi padre introduce un CD gringo por la ranura plana de la radio y convoca a los Bee Gees. La carretera está desierta, la vegetación en invierno es verde y en verano prácticamente inexistente. En el camino se atraviesan pueblos donde venden comida extraña: seco de chivo, empanadas de huevo de gallina criolla con azúcar, chocolatinas, cocadas, hamburguesas de avestruz. Los pueblos son dimensiones desconocidas en los que pareciera que un circo fue aligerando la carga a su paso. Luego de dos largas horas de viaje, me incorporo en el asiento y veo al frente por el parabrisas:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mira el océano que se asoma en el horizonte! —grito con emoción.

Con el grito despierto a Lucía, mi hermana menor que tiene dos años y viaja en el asiento del centro en un *car seat*. Al estirarse, me da un golpe en la cara con su brazo diminuto. Entre los gritos y llantos de Lucía, escucho a Marcela decir a mi madre al oído:

—Mamá, ¿por qué mi ñaña habla tan difícil?

Contemplo el paisaje por la ventana, algo avergonzada. Hago silencio. Mi padre consuela a Lucía cantándole una canción de Piero mientras mi madre respira profundo, abre su diario, y escribe:

Amada: ¿la conciencia algún día para de hablar? ¡Mamá! ¡Mira el océano que se asoma en el horizonte!

Marcela: Ma, ¿por qué mi ñaña habla tan difícil?

Mi madre acostumbra a inmortalizar nuestras ocurrencias y destellos de intelecto en su diario. Lo lleva consigo siempre. Cuando termina de escribir, cierra la agenda y libera un suspiro que ahoga. Suspira más de lo normal, como si vivir fuera de por sí un esfuerzo tremendo. Cada vez que ella suspira yo contengo la respiración, aprieto el tórax y los glúteos, y dejo escapar el poco aire que llevo dentro.

Unos minutos después, alcanzo a ver un cementerio a lo lejos, asentado a los pies de una colina. El auto avanza y lo tenemos a unos pocos metros de la carretera. La comuna San Vicente, dice mi padre, que le gusta ir anunciando cada pueblo que se nos cruza. Me atrae aquel lugar pacífico, de muros blancos, portones azules, y buganvillas fucsias. Imagino cómo sería descansar en un sitio así, arrullada por el silencio de la ausencia.

Mi padre contempla el cementerio también, puedo ver sus ojos desviados a la izquierda en el retrovisor. De repente, gira el volante de manera brusca y frena a raya. Una avalancha de chanchos negros invadió la carretera. Golpeamos a uno. Me asomo por la ventana para buscarlo y el joven chanco yace en el suelo inmóvil. En unos pocos

segundos no hay rastro de los demás, han huido al monte. Un enjambre de abejas plaga el interior del auto y se multiplica provocando un zumbido ensordecedor. Mi padre parece ligeramente molesto por la invasión, pero no se alarma. ¡Ayúdanos, padre!, pienso desesperada. Mi madre agita sus brazos sobre su cabeza, jala sus pelos, y da golpes al salpicadero del auto. Pienso que las abejas la aturden, por lo que bajo la ventana para liberarlas. Es entonces cuando mi madre se voltea con furia a verme y entiendo que es ella quien escupe abejas sin descanso. Entre las abejas y el zumbido no logro hacer sentido de lo que dice. Hasta que apunta a la ventana y lo descifro:

—¡A mí me van a enloquecer! —escucho apenas, mientras cierro la ventana.

Mi madre clava sus ojos sobre mi padre, a quien se le posa una abeja sobre la pupila izquierda. No se inmuta. Luego otra aterriza sobre su oreja. Su templanza evita que le piquen. Atrás, mis hermanas y yo, angustiadas, sentimos las punzadas penetrar nuestros brazos y piernas, pero guardamos silencio. Cuando las abejas atacan, tenemos que quedarnos quietas para que no nos piquen, nos ha dicho mi padre. Estaría mejor allá que acá, pienso, admirando el cementerio. ¿En el más allá? No. Allá pero no tan allá. Mejor dicho, solo ahí, en ese lugar tan bello, escondida, dentro de una tumba. Mi padre acelera el auto y estamos nuevamente en camino.

Llegamos al edificio y subimos al ascensor para ir al departamento. Se abren las puertas y nos encontramos con mi tía Alegría, hermana de mi madre, y mi prima, Valentina, que han llegado de sorpresa. Van a quedarse con nosotros unos días, dice mi madre mientras nos distribuye en las habitaciones. Compartiré la habitación con mis dos hermanas y tendremos que acoplarnos a los horarios de la menor. Bajaremos a la playa por la mañana, nos bañaremos en la piscina por la tarde, y en la noche podremos correr, bailar y jugar con los niños del edificio.

*

Una tarde, mi hermana y yo jugamos *teletunken* en la mesa del comedor, mientras esperamos a que mi prima se termine de bañar. Escuchamos un sollozo espectral que proviene de la habitación de nuestros padres. Nos acercamos curiosas y escuchamos a mi tía decir, como si le arrancaran las palabras de la garganta:

—No sé si el divorcio sea lo mejor para Valentina.

Se van a vivir fuera cuando acaben las vacaciones. Mi prima asistirá a un nuevo colegio donde sólo hablan inglés, vivirán en una zona exclusiva y viajarán a Ecuador todos los años a pasar las vacaciones, aunque no coincidan con las nuestras. Mi tía llora

como si tuviera miedo, mi madre llora con ella. Luego llora Valentina cuando se entera y nosotras al verlas llorar.

*

Es el último domingo del mes de marzo. Regresamos de la playa temprano por la mañana, para evitar el tráfico. Pedimos que Valentina viaje con nosotros en el auto de regreso a casa. En dos semanas iniciará su nueva vida y en dos semanas cumpliré siete años. A mi prima le gusta sentarse en uno de los dos asientos con ventana, pero esta vez se acomoda en el asiento central y nos agarra fuerte de los brazos. La contemplo, luchando para no parpadear, para no perderme un segundo de su existencia. Quiero recordarla tal como es. No puedo imaginar una vida sin ella. ¿Ahora quién me va a molestar?

Cuando llegamos a casa, las niñas nos reunimos alrededor de la mesa de centro en el patio techado de la casa, porque afuera garúa y tenemos prohibido salir a andar en bicicletas cuando llueve. Mi hermana Lucía está en la cocina con la niñera, que le está dando de comer papilla. Se abre la puerta de la casa y entra Isabel, una prima que en realidad es prima segunda, y vive en la casa de al lado. A Valentina no le cae muy bien Isabel, dice que es muy pequeña y que no es divertido jugar con ella. Mientras tanto, Marcela apoya sobre la mesa un libro grande con pasta dura, que compraron mis padres del Museo de Orsay, cuando estuvieron en París para el Mundial de fútbol del 98. Mi hermana Marcela pasa las páginas una a una, despacio, y nos detenemos a observar unos minutos cada obra de arte. Inventamos historias para los personajes; señalamos los colores y las texturas que nos gustan; jugamos a buscar objetos, animales y detalles mínimos en las pinturas muy elaboradas. Me cuestiono si las demás esperan con comparable inquietud que aparezca “El origen del mundo” de Gustave Courbet. Años más tarde descubriré que el torso desnudo y la vagina peluda pertenecen, supuestamente, a la bailarina francesa Constance Quéniaux. Pero por ahora pienso en si eso me saldrá a mí.

Cuando aparece la pintura, hacemos silencio, contemplamos la imagen con curiosidad. No hay juego. No hay historias. Nadie pone un solo dedo sobre la imagen. Como si la impureza se nos fuera a contagiar. Unos segundos después, mi prima vira la página, pero Isabel ya alineó su pelvis de frente contra la esquina redondeada de la mesa de centro. Apoya sus manos sobre la encimera de mármol y balancea su pelvis de izquierda a derecha por algunos minutos. La observamos. Ella desvía la mirada, ruborizada. Entre el calor de la tarde y el que genera su diminuto cuerpo en movimiento, parece que su cara de mirada perdida va a explotar. Su cara está tan roja como el lápiz de

labios salado que brota de la pelvis de mi perro, Spunky Sandía, cuando monta a mis peluches. El lápiz de labio crece como los lápices de labio de mi madre que, por hacer travesuras, hice crecer demasiado hasta que se salieron del tubo. De mis peluches, el que más sufre es Igor, el burro de Winnie the Pooh, que no se ve feliz. Desde un lugar inocente me pregunto, ¿quién puede ser feliz cuando se tiene encima a una bestia salvaje que lo monta?

5

Es sábado, mi madre sale a la calle con su hermana mayor, a terminar unos trámites para el viaje. Mis hermanas y yo nos quedamos en casa con Valentina, acompañadas por Judith, una niñera que conocemos hace poco, que se esconde tímida en la cocina. Es una adolescente, pero nosotras no lo notamos. Con los dedos de mis manos cuento los nueve años de diferencia que dice que tiene conmigo. Se nos acerca con recelo, nos habla lo necesario y le tiembla la voz. Mantiene una distancia prudente con nosotras, como para no perdernos de vista, pero tampoco ponerse en riesgo. Cuando va al baño y nos quedamos las tres en la habitación, mi prima nos instruye: vamos a poner una serpiente de goma en el pasillo de lavandería que queda a la salida de su habitación.

No estoy segura de querer hacerlo, pero son dos en mi contra. En el mismo momento en el que Judith sale del baño, se encuentra con la serpiente, y grita, escuchamos cómo el auto de mi madre entra en el garaje. Mi prima se dirige a mi hermana con un tono desafiante:

—Dile a mi tía que tu hermana tuvo la idea de asustarla o no vuelvo a venir a tu casa, ni a jugar contigo nunca más en mi vida.

Pienso que pronto se irá a vivir fuera, así que da lo mismo. Pero mi hermana palidece. Mientras tanto, Judith corre despavorida a la calle, se encuentra con mi madre y entre gritos desquiciados confiesa que les tiene fobia a las serpientes. Corro a esconderme en la despensa de la cocina, las demás me siguen. Escuchamos cómo Judith le ruega a mi madre que la deje ir a su casa, que ni en el campo ve serpientes tan grandes.

No pasan ni cinco segundos y mi madre entra a la casa hecha una fiera:

—¿Quién me va a decir qué pasó aquí? ¿Dónde están? Vengan acá en este instante.

Salimos del escondite. Marcela, buscando la mirada de complicidad de Valentina, susurra:

—Amada hizo asustar a Judith con una serpiente de goma. Nosotras estábamos arriba viendo televisión.

—¡Ma! Es mentira, yo... —no termino la oración cuando una mano me agarra del brazo derecho y me arrastra fuera de la casa. Mi madre me obliga a disculparme con Judith. Subimos a la habitación de mis padres y mi madre se dirige a mí a gritos con una crueldad impetuosa:

—Toda la semana he tenido que lidiar contigo y con tus malcriadeces, si no es lo uno, es lo otro. ¿Cuándo vas a entender? ¿Cuándo va a parar esta tortura? Ya no puedo más contigo —exclama elevando las manos al cielo, rogando a Dios.

Me siento encorazada, incapaz de bloquear los gritos. No fui yo, no tengo la culpa, pienso. Y siento que Dios me juzga, que no me quiere, que me va a castigar como mi madre me castiga.

—¿Qué hice para merecer esto? Ya no tienes remedio, no me dejas opción —dice mi madre.

Imagino que lo que sostiene mi madre en su mano es una de las serpientes de hule. Que cuando mi madre la eleva en el aire y la deja caer sobre mi brazo, ésta se me enrolla, me acaricia y llega hasta mi cuello haciendo movimientos ondulatorios. La serpiente se estira y lame mi cara con gentileza. El cosquilleo me causa gracia.

—¡Ah! ¿Te estás riendo? ¿Te da risa que me cagaste la vida de nuevo? Esa chica no va a volver y voy a tener que quedarme en la casa con ustedes hasta conseguir a alguien más. Pobre de ti que tenga que faltar a un cumpleaños o un almuerzo. Ahora vas a ver si te causa gracia... Cierro los ojos.

Abro los ojos y estoy en la iglesia con mi madre. Mi madre se arrodilla y me jala del brazo, obligándome a arrodillarme con ella.

—Pide disculpas a Dios por todo lo que has hecho esta semana, a ver si él te perdona —dice.

Mi madre cierra los ojos y aprieta las palmas. Quiero hacer lo mismo que ella pero orar me aburre. Entonces, con los ojos bien abiertos, contemplo la cúpula detrás del altar que está decorada en mosaico. Pequeñas piezas de porcelana crean la imagen de un cielo calmo sobre el que levitan diez ángeles bellísimos, con túnicas de distintos colores. En cada lado hay cinco, que portan instrumentos en sus manos. Las túnicas de los del lado izquierdo son de color rojo, amarillo, azul y verde. Las del lado derecho son rojo, dorado, blanco y verde. ¿Quién habrá tomado esa decisión? ¡Qué torpes!, pienso. No hay nada que pueda hacer al respecto, continúo. Cierro los ojos por temor a que mi madre me vea distraída. Junto mis palmas y me propongo orar, arrepentirme, aceptar frente a Dios una culpa que no es mía. Rezo la mitad de un padre nuestro, pero me detengo antes de decir “perdona nuestras ofensas”, porque la culpa no fue mía. Y tampoco puedo pronunciar “como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, porque no puedo perdonar a mi madre por golpearme. Lloro por la frustración y seco las lágrimas ágilmente para evitar que mi madre me vea.

—¿Por qué lloras? —me pregunta una voz.

Es que mi madre me golpeó, pienso.

Busco alrededor a quien me habla, pero solo nos acompaña un grupo de señoras que rezan el rosario.

—El dolor se irá, no te preocupes —dice la voz.

Es que no duele, pienso.

—Ah, ¿no? ¿Entonces por qué lloras? —pregunta con dulzura.

Es que yo no hice nada, e intenté decirle a mi mamá, pero no me escuchó, y a mi hermana y mi prima no les hicieron nada, pienso.

Quien me habla es la Virgen que tenemos enfrente, de sus ojos brotan lágrimas. Observo a mi alrededor, pero las señoras no parecen sorprenderse ante ese suceso. Si sus lágrimas son invisibles, las mías también han de serlo, pienso. No sé qué me enfurece más, si la traición de mi hermana o el desastre del altar. Al fin y al cabo, mi prima se va pronto, tampoco es que la vamos a ver tanto en casa.

6

Tengo nueve años, es la primera vez que pienso en cuánto dura una vida. Un domingo por la mañana nos desayunamos la noticia de que Armandito, el único hijo de una prima-tía de mi madre, murió en un accidente de tránsito. Tenía veinte años y era un golfista prometedor. Veo a mi madre con tanta tristeza y desgano que quiero arrancarme años de vida para dárselos a Armandito, pero sé que no funciona así.

Cuando se cumple una semana de su muerte, mi madre se reúne con sus primas en nuestra casa —en verdad no son sus primas, sino sus tías, pero por la edad y la delicadeza forzada se hacen llamar así—. Conversan por horas. Que cómo van a ayudar a su prima a superar esto, que solo hay que acompañarla, que con eso se aprende a vivir, que eso no se supera, escucho que dicen.

—Hay almas que no son de este mundo —dice una de las primas.

—Él no era de este mundo —responde mi madre con la voz entrecortada.

Un silencio prolongado las absorbe. La solemnidad de la escena me obliga a dejar de husmear desde lo alto de la escalera. La culpa me invade. Mi madre se excusa apenada antes de ponerse de pie, dice que debe cambiarse de ropa antes de ir a la misa en la noche. Las despide brevemente en la puerta, con un abrazo.

Un poco antes de caer la noche, mis padres se despiden de nosotras. Mi madre no hace un buen trabajo en ocultar sus ojos hinchados con el maquillaje. No nos esperen despiertas, mañana deben ir a la escuela, dicen antes de cerrar la puerta principal de la casa con llave. Corro a la habitación de mis padres, abro el cajón del velador de mi madre y busco su diario, que esconde debajo de unas carpetas. Es un cuaderno floreado, en cuyo interior hay cientos de páginas blancas hueso con líneas doradas, que esperan a ser escritas con la particular caligrafía de mi madre. La lectura de aquel diario es mi vicio más sagrado. Religiosamente sale mi madre de casa y sacrílegamente irrumpo en su habitación a leerlo. Sucumbo ante la curiosidad que me ha llevado en brazos una vida entera. Negarme la dicha de digerir cuán majestuosa literatura es imposible. Lo sabemos todo, ella y yo.

Siempre le pongo mucha atención a Adita y la disfruto mucho porque creo que en algún momento Dios me la va a venir a reclamar y se me va a llevar a este angelito. Ojalá, Jesús, me equivoque. Esta niña es la luz de mi casa, la dulzura, el amor. Ella es un alma tan buena, limpia, consciente, madura, generosa, sensible, que me asusta. Es un alma que no es de este mundo.

*

Se ha vuelto costumbre llegar de la escuela y encontrar a mi madre en cama, con el pijama aún puesto, con la televisión encendida sintonizando un programa de concursos o de cocina, que no suele ver. Eso es una porquería más de la televisión nacional, reniega en voz alta.

—Hija, estoy agotada, me duele la cabeza, pídele a tu papá que te lleve a las clases de tenis —dice, quejándose.

Pasan los días y mi madre sigue enferma. Dice que le duele la cabeza, que no puede caminar por el dolor de espalda, que tiene alergia y que está cansada.

Un día la enfrento:

—Ma, no sé cómo esperas que estemos bien. ¿Es que no te das cuenta que antes éramos una familia normal? Mi tía y Valentina todavía vivían aquí. No se había muerto mi primo Armandito. ¡Que se llamaba como yo! Ya nada es igual que antes...

*

Tengo treinta años y me pregunto si lo veía a él en mí. Me pregunto si hubiera preferido tenerlo a él por más tiempo del que me ha tenido a mí.

*

Me cuesta dormir por las noches. Me es imposible mantenerme despierta en las mañanas. Mi madre recibe una tras otra las quejas de parte de los maestros, por medio de la agenda escolar. Las ausencias, las despedidas, la muerte, sentidas desde la punta de los vellos hasta el estómago. Cuando las lee solo me contempla, no me regaña, algo debe estar muy mal.

Los maestros escriben notas extensas en mi diario para comunicarse con mis padres. Que no he cumplido con las tareas, que no presto atención en clase, que me quedo dormida durante las actividades y lecciones. Pero como mi madre no reacciona, respondo a mis maestros:

—Mi mamá dice que no le envíen más notas porque ella no las va a leer. ¡Ah! Y que nunca va a venir a la escuela, que está ocupada y que mi conducta aquí no es su problema.

Me jacto de la burbuja de libertinaje que he creado. Hasta que me pinchan la burbuja. Es la última hora de clases y la coordinadora me retira de clases. Quiere hablar conmigo:

—Hablamos con tu madre, mañana la esperamos en la institución a primera hora. Tiene reunión en el rectorado.

Suena la campana de salida y subo al bus que nos llevará a mi hermana y a mí a casa. Seguimos lejos de casa, pero ya escucho el aleteo. Siento las cosquillas detrás de las orejas. Falta una cuadra para llegar y le pido al conductor que me deje ahí. Puedo correr al parque y esconderme hasta que llegue mi padre de su trabajo, él comprenderá. Pero el conductor se niega.

7

Tengo doce años cuando mi prima de cinco deja este mundo. En una hacienda, por un accidente, un palo de cerca, impulsado por los aires por una retroexcavadora, le arrebató la vida. La gravedad del planeta se acrecienta y la siento en mis pies. Arrastro mi cuerpo por los pasillos de la escuela. Me pesan las piernas como me pesan los ojos como pesan las nubes cargadas de agua en abril. Hace días que no duermo. Me escabullo en la capilla del colegio. Me arrodillo. Inclino mi cabeza hacia delante y riego los anturios con mis ojos. La capilla tiene, en la pared de fondo, un mural con fotos de muertos. Así oramos por ellos y los recordamos, dicen. Lloro a mi prima y los lloro a ellos. Lloro detrás de los casilleros durante la hora de recreo. Lloro escondida, como rata, en la biblioteca.

Llego a casa y me dejo hundir en una tina llena de agua tibia. Al final del día, dejo caer mi cuerpo sobre la cama, como dejé caer mi cuerpo desde lo alto de esa torre, por tonta, por imprudente, por andar haciendo cosas de grandes, por creermé más, por seguir cada paso de mi hermana, por impulsiva, por niña obstinada. Así se acaba la vida, por accidente. ¿Quién soy para llorarla así?, me pregunto. Ni su hermana, ni su madre. No puedo pronunciar su nombre, pero duele, como nunca ha dolido algo antes. Y no hay lágrimas que quiten el nudo, ni abrazos que consuelen, ni palabras que silencien las voces que repiten que por tonta, imprudente, agrandada, casi me ocurre lo mismo. En el cementerio todos lloran, como me hubiesen llorado a mí. Al parecer, hay que morir para recibir flores. Envidio la cantidad de rosas blancas. Ni mi madre, ni mi padre comprenden mis lágrimas. Me imagino dentro de ese féretro blanco cerrado. Mi cuerpo flota boca abajo horizontal sobre él como cuando en sueños floto sobre mi cama y me veo dormir. Entierro mi inocencia con ella. Me angustio por los que quedamos, por los que casi nos vamos, por los que se van a ir, por el tiempo y el sufrimiento que nos quedan por delante.

8

Tengo doce años cuando mi padre se va del país. Nos dejará unos meses, pero todavía no lo sé. Se sentirá como una eternidad y la vida se tornará gris. Mi madre padecerá la “flojera” que en el futuro me será familiar. Amigos de mis padres entrarán y saldrán de casa. Unos, nos visitarán por largas horas; otros, unos cuantos minutos. Traerán comida, dulces, y abrazos. Se llevarán las lágrimas de mi madre, aun las que aguanta en su presencia.

Una tarde, cuando llego de la escuela, encuentro a un amigo de mi madre llenando nuestra refrigeradora con compras de supermercado.

—Hija, vamos a prestarles espacio de nuestra refri, porque la de ellos se dañó.

Entonces cuando él se va, separo lo suyo de lo nuestro, en repisas distintas. Que no se vayan a mezclar, pienso. Pero pasan horas, días, y las compras siguen ahí. Pienso en que ese señor, que dice ser “amigo”, en realidad es un abusivo, que se aprovecha de que mi padre no está para pedir estas cosas. ¿Por qué lo permites?, pregunto a mi madre. Ella piensa mucho antes de responder. Tranquila hija, ya van a venir, me dice.

Un día llego del colegio y las fundas no están. Y nuestra refrigeradora está llena. Pero no es el mismo jamón que compra mi madre (jamás compra de espalda porque tiene mucha grasa). Y no hay mantequilla, sino margarina (que ella dice que engorda). Y no entiendo, ¿por qué no compran huevos?, que hacen falta. Y, ¿por qué no hay leche roja sino azul? Y, ¿por qué hay dulces y colas?, si mi madre no compra nada de eso (porque se nos van a caer los dientes). Y no entiendo, ¿por qué mi padre no vuelve a casa? ¿Por qué debo verlo por video en la computadora todas las noches y pretender que todo está bien?

Mi madre pasa los días en su habitación, acostada en la cama. Lee la revista Vanidades, escribe en su diario, anota las recetas de Gino Molinari que salen en la televisión, se queda en pijamas hasta pasada la hora de almuerzo, y en las noches ve las noticias de Ecuavisa y después la novela. Rara vez abre un libro, como solía hacerlo. Desde que mi padre no está, la cama es muy grande para ella, y nos pide que la acompañemos. Aunque el colchón es duro y el cuarto frío, lo hacemos. Sin que ella lo sepa, cuando me acuesto a dormir a su lado, formo una cueva sobre mi cabeza con la sobrecama, agarro un espejo diminuto con mi mano, extendiendo el brazo fuera de la cueva y busco el reflejo de la televisión para ver la novela juntas.

9

En la casa de mi abuela los sofás tapizados con terciopelo huelen a cigarro y saben a polvo. Siempre están cubiertos con forros de plástico, excepto cuando tienen visitas o se reúne la familia. En la sala hay dos lámparas de mesa grandes, con pantallas doradas y flecos de satín. En una pared hay un mueble tan alto como mi padre, repleto de copas, vasos y jarros de cristal que jamás he visto usar. Tienen una pequeña colección de cuadros de pintores ecuatorianos que mi madre dice que en su momento fueron famosos, pero no prosperaron. La mesa de comedor es de madera oscura, tallada con estilo rococó. Sobre la mesa dos adornos de plata sobre un charol con vidrio. Y en una pared junto a la mesa, un mueble enorme lleno de repisas repletas de adornos de porcelana española en blanco y celeste, y plata. No sé si en su casa hay más adornos, copas o reglas. Lo que sé, es que no se debe tocar ni las paredes ni los muebles, con las manos sucias. No se debe correr por la casa. No se debe jugar en el piso. No se debe entrar a la cocina mientras se prepara el almuerzo. No se debe ver televisión mientras se come. No se debe saltar mucho. No se debe usar los baños de la planta alta ni entrar al cuarto de costura. Tampoco se deben tocar los adornos. Pero lo más importante: no se debe tocar a Lucky, un cocker spaniel viejo, lagañoso, y agresivo, que se esconde en una tenebrosa cueva oscura debajo del mantel de la mesa del comedor. A la hora del almuerzo, las niñas debemos comer con los pies cruzados sobre las sillas, para proteger nuestras piernas.

A las cuatro de la tarde, los domingos, jugamos al Pozo Millonario, un programa de juego parecido al bingo, que transmiten en vivo por la televisión. No es mi momento favorito del día ya que todos gritan eufóricos con cada anuncio de un número ganador. Además, no hemos ganado nada. Dicen que mi abuelo se robó la suerte de la familia. Se ganó la lotería dos veces: la primera vez, pagó un gran porcentaje de su casa; la segunda, compró un auto tipo lancha, y bicicletas nuevas para mi madre y sus hermanas.

A las seis de la tarde, esperamos ansiosos la llegada de la carreta de helados artesanales de coco y naranjilla. Es la única ocasión en la que mi abuela permite que llevemos alimentos a la sala.

*

Un domingo, al caer la tarde, los adultos se reúnen en la sala principal de la planta baja de la casa y mis hermanas, mi prima y yo nos quedamos en la sala de televisión. Para

nosotras es fácil divertirnos. Cualquier plan que implique incumplir las reglas, nos entusiasma. Ni bien quedamos solas, nos ponemos en pie y nos adentramos en el cuarto de costura de mi abuela. Ahí, podemos jugar con los rollos de tela, los miles de botones y los maniqués que están regados por doquier. Mi madre fue una gran costurera, nos dice mi madre a mi hermana y a mí. Cuando teníamos fiestas de cumpleaños, nos cosía unos vestidos hermosos, con lazos que hacían juego, recuerda con ilusión.

Estamos absortas en el juego —somos costureras de una casa de modas, trabajando contra reloj en la entrega de la colección de verano— cuando siento una urgencia por utilizar el baño. Por eso, bajo al único baño de la casa que tenemos permitido utilizar: el de la sala. El baño es el lugar predilecto para huir de los dramas y el ajeteo del domingo. Cierro la puerta con seguro, me bajo los shorts y me siento en el inodoro lila. Siento placer al apoyar mis glúteos sobre el cobertor acolchado del asiento, pero no tanto placer como el que me causa contemplar la pared de baldosas del baño. Apoyo mis codos sobre mis muslos, cierro los puños y apoyo mi quijada sobre ellos. Con la mirada atenta estudio las baldosas del baño, cada una con una flor de cuatro pétalos ovalados, dos blancos y dos negros, sobre un fondo lila que combina con el inodoro. La mayoría de las baldosas han sido ubicadas con los pétalos negros hacia arriba y abajo, y con los pétalos blancos a la derecha e izquierda. Pero esos que han sido mal colocados me molestan. Siento un nudo en la garganta.

Después de observarlas por un momento, catalogo las baldosas con letras y números. Las letras horizontales, los números verticales, como los escaques de un tablero de ajedrez. Siento cómo el nudo en mi garganta se afloja cada vez que enuncio el nombre de una pieza que debe girar para corresponder con las demás.

—A-14, un giro a la derecha. B-7, un giro a la derecha. F-2, un giro a la derecha. J-8 un giro a la derecha —murmullo, orgullosa, apuntando un dedo al aire.

Y continúo así, hasta que me inunda el éxtasis que causa la perfección. Un hormigueo recorre mi columna vertebral, desde el sacro hasta la base del cráneo. Mi padre estuviera orgulloso de mí, pienso. Recuerdo la vez que mi padre tuvo en jaque al campeón mundial de ajedrez Gary Kaspárov en una partida en la computadora portátil marca Saitek. Décadas después, descubrí que la computadora que simula sus jugadas salió a la venta el año que nací. De repente, tocan la puerta. Llevo un buen tiempo encerrada.

—¿Quién está ahí? —pregunta mi madre.

—Yo, ma, ya salgo.

—¡Pero llevas allí casi media hora! ¡No es posible que te demores tanto cada vez que vas al baño! Ya hemos conversado de esto.

—Te juro, juro, que estaba en algo muy, muy importante —digo ansiosa y salgo apresurada, mientras me limpio con papel higiénico, subo mi calzón, y luego mis shorts.

Cuando salgo, corro a toda prisa para evitar reproches. Me dirijo a la cocina, tomo en mi mano una servilleta y una pluma. Apoyo la servilleta contra el anaquel de madera oscura y enlisto brevemente las combinaciones alfanuméricas que solucionan el problema de las baldosas. El acertijo prolijo de los culicagados, pienso. Salgo de la cocina a la sala. Dejo la servilleta en la mesa del centro, cerca de mi abuela que está sentada. Ella levanta la servilleta, contempla por un momento lo escrito, pero cierra su mano con el papel dentro y hace una bola que guarda en su bolsillo, porque no entiende nada y no le gusta ver basura en la sala.

Corro hacia la escalera y subo a zancadas. Voy al cuarto de costura, pero la puerta está cerrada con seguro. Toco la puerta despacio, hasta que mi llamado se vuelve súplica. Las llamo por sus nombres, pero no contestan. Mi prima debe haber convencido a mi hermana de dejarme fuera. Pienso que tal vez algo malo les ha sucedido, pero al escuchar sus risas me doy cuenta que es una decisión deliberada, una vez más. Lloro unos minutos, sola, sentada en el mueble del pasillo. Detrás mío, en la pared, los retratos de mi madre y mis tías. Solo mi madre se ve igual que antes.

La situación se ha vuelto costumbre. Mi prima es hija única, le divierte el conflicto. Puedo ir a quejarme con mi madre, ver televisión, o, emprender una nueva aventura. Aunque al otro lado de la sala se encuentra una imponente puerta de madera oscura, con vitrales de colores, que lleva hacia la sala de juegos de mi abuelo. Me gusta asomar la mirada en el interior de la sala a través de los vitrales. Todo en el interior cambia de forma por la textura del vidrio. Es como la entrada a una cuarta dimensión. La puerta hacia aquel espacio, antes fuera de límites, está a mi alcance. Corro al baño de mis abuelos, me trepo en el inodoro, alcanzo la caja de madera de la última estantería y tomo la llave. Abro la puerta y me encuentro con una pared enorme con repisas de madera oscura de piso a techo. Cierro la puerta detrás mío. Me asombro ante la cantidad de adornos, libros, y papeles.

Cuando era más pequeña, y la salud de mi abuelo estaba en mejor estado, entrábamos a su estudio todos los domingos y me mostraba su preciada colección de animales tallados en tagua. En las repisas hay relojes de bolsillo, lupas, pipas, una máquina de escribir, un globo terráqueo, una caja con casetes, disquetes regados por doquier, una veintena de libros, una docena de álbumes de fotos y una radio antigua con perillas. Pero, entre todas las cosas, lo que más llama mi atención es el set de fichas de póquer de mi abuelo; es una reliquia para él.

Me trepo a la silla de asiento de cuero negro, algo desgastado, y me impulso para pararme sobre el escritorio de madera con encimera de vidrio oscuro. Estirando mis brazos, alcanzo el set de madera —que parece un queso suizo— y lo asiento sobre el escritorio. Luego, descendo al piso, apoyándome en la silla. En el centro de la sala de juegos hay una mesa de madera clara, con gamuza verde en el centro. Alrededor, cuatro sillas de madera clara y asientos de cuero blanco. Hace años que mi abuelo no juega con sus amigos. Ya esos viejos se murieron, dice siempre. Yo soy viejo, pero no pendejo, ríe. Siempre recuerda con orgullo cómo bebían y fumaban cigarros, todos los jueves por la noche. La sala todavía huele a humo.

Cierro la puerta con seguro, enciendo el ventilador de techo, y me siento en una de las sillas. Volteo el contenedor de madera y las fichas caen como agua de una cascada. Disperso las fichas rojas, negras, blancas, verdes, y azules, sobre la mesa de gamuza. Armo pequeñas torres, separando las fichas por colores. ¿Cuántas fichas tendrá un set de póquer?, pienso. El set vacío tiene forma de flor. Hay más fichas rojas que verdes, pero más azules que rojas, y más blancas que verdes, pero menos blancas que negras. ¡Qué confusión!, pienso.

—A partir de suposiciones no se puede llegar a acertadas conclusiones —digo en voz alta y suspiro.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero me desintereso por las fichas y decido explorar las repisas de la sala. Me llama la atención uno de los álbumes fotográficos porque es más viejo que los demás. En la primera foto del álbum ellos posan junto al tren. Para su luna de miel, mis abuelos viajaron en tren a Quito. Una fotografía de mi madre de niña, con unos rizos grandes y dorados, mostrando un poco sus dientes, un poco menos separados que los míos. Junto a ella, la segunda de sus hermanas, con una prominente nariz de la que se deshizo.

Mi madre cuenta con gracia sobre la vez que se iba a someter a una rinoplastia estética, pero el médico solicitó una prueba de embarazo, por control. Asombrada, y algo ofendida, respondió al médico que era prácticamente imposible que esté embarazada, porque mi padre llevaba un par de semanas de viaje. “Pero el mamerto del médico insistió”, dijo. Ese mismo día se hizo una prueba y salió positiva. Todos ríen cada vez que cuenta la historia. La comedia como antídoto, pienso. Es difícil entender la risa ante el rechazo. Una parte de ella, por más minúscula, debe haber querido no estar embarazada.

Paso las páginas del álbum de fotos. Admiro bodas de desconocidos, bautizos de bebés que ahora son adultos, fiestas, graduaciones, y más. Veo personas que ahora probablemente están muertas. Junto a las fotos han escrito nombres, lugares y fechas.

Volteo las páginas, una tras otra, hasta que del álbum cae una foto antigua. Cuando la levanto, veo el retrato de una pareja con dos niñas. Una señora baja, algo pasada de peso, que viste un traje de sastre claro y un labial de color fuerte. En sus manos carga a una bebé de pocos meses y tiene a otra abrazada a su pierna. Junto a ella, un señor alto que viste de traje y lleva unos lentes de marco grueso negro.

Recuerdo cuando años atrás mi abuela se conmovió cuando le pregunté, como parte de una tarea escolar, qué detalles recordaba del día del asesinato de John F. Kennedy. Su cara se iluminó, como si no estuviese relatando un día nefasto. Describió con entusiasmo lo esbelta que se la veía a Jackie Kennedy con el traje rosado de sastre — que le daba pena que haya quedado arruinado— y que nunca olvidaría el labial rojo intenso que llevaba en contraste con sus ojos y su piel. Pero el labial que llevaba Jackie el día que asesinaron a su marido no era rojo, sino rosado, como su traje. Pienso en que mi abuela pudo haber confundido recuerdos, y ellos, quizá sean sus padres. En silencio, tomo la foto, la doblo y la guardo en el bolsillo de mi vestido de terciopelo. Devuelvo el álbum a su sitio. Procuro no asentar mucho los codos al bajar, apoyándome en la estantería con los antebrazos, ya que mi abuela insiste en que los codos se deben mantener suaves y sin raspones, para que no se ennegrezcan. Lo último que quiero es pasar el próximo domingo sentada en el sofá de la sala con mi abuela embadurnándome con crema las extremidades. Cierro el estudio, dejo la llave en su sitio, y me siento en la sala con la televisión encendida, como si nada ocurrió.

10

Mi madre desempolva los adornos de la sala y alinea obsesivamente las copas de cristal exhibidas en las repisas del mueble de madera con puertas de vidrio. Todo debe estar impecable, repite entre dientes. Mi hermana y yo preparamos la mesa. Mi tía y mi prima ayudan en la cocina. Mi hermana menor juega dentro de su corral en la sala. Mi padre, mis tíos y mi abuelo, reunidos en el patio, beben cerveza.

Es el cumpleaños de mi abuela. Mi madre me pide que busque la caja donde guardan las velas usadas. Que para variar no está en su sitio en la cómoda del comedor, qué dónde la habrán guardado, refunfuña. Pero no la encuentro.

—Necesito que te vayas con tu papá a comprar las velas a la tienda de la esquina.

—Está bien, Ma. ¿Cuántos años cumple mi abuela?

—Hija, no lo sé, no lo sé, no lo sé. Apura, anda preguntale a tu tía, resuelve — dice con disgusto.

Subo la escalera a zancadas. En un descuido golpeo mi cabeza contra el techo escarchado. Paso la sala de televisión y entro a la habitación es la de mis abuelos. Más allá está el cuarto que era de mi madre, y al fondo el cuarto de costura.

Mi tía está en el *walking closet* con mi abuela. Le pregunto a mi abuela que cuántos años cumple y me responde que no sabe. Mi tía se disgusta con ella y le grita mamá piensa, cómo no vas a saber, eres vieja pero no pendeja. Mi abuela se queja y dice que no sabe si nació en el 34 o en el 35, que no se acuerda. Mi tía me pide que busque la cartera de mi abuela, que ahí está la billetera con la cédula, y que ahí dice. Que ella está ocupada ayudando a mi abuela a cambiarse y que si se va le dan las tres de la tarde y no baja.

Mi abuela nunca me deja coger su cartera. Dice que después le boto los bullucos de papel higiénico usado y los cupones. Encuentro, además, un cepillo de pelo, un lápiz de labio, una pasta de dientes, un cepillo de dientes, perfume, y la billetera. Mi abuela nació en 1935, se lo digo a mi tía, que con una mano cuenta los dedos de la otra.

—Tu abuela cumple sesenta y nueve. Dile a tu madre que te de dinero y anda compra las velas. Deja la cédula en la billetera, dentro de la cartera, que después se pierde. Y no te demores que vamos a almorzar.

Me apresuro a guardar el documento en la billetera de mi abuela cuando me percató de un detalle al que nunca había prestado atención. En la parte posterior:

APELLIDOS Y NOMBRES DE LA MADRE:

Guerra Vera Eva

Es la mujer de la fotografía. Con la cédula en mano me dirijo a mi tía y, señalando el nombre, le pregunto:

—¿Por qué nunca hablan de ella?

—¿De quién? —pregunta mi tía mientras le sube el cierre del vestido a mi abuela. Queda petrificada cuando levanta la mirada y entiende la pregunta.

—De Eva, tu abuela. Ustedes siempre hablan del abuelo Rafael, mi abuela habla de su abuela Amada, pero de ella nunca —respondo, sin entender su reacción.

Mi tía no responde, solo busca la mirada de mi abuela, a quien invade una melancolía que nunca antes había visto. Busca sentarse sobre el mueble calzador. Siento como si le hubiese clavado el dedo índice en una llaga abierta. No sabía que la mención de un nombre podría afligir tanto a una persona. Después de un corto silencio mi tía me dice que le pregunte a mi madre, y que no me olvide de dejar la cédula en su sitio.

—Ma, tengo que hacerte una pregunta.

Mi madre está en la cocina, dando órdenes a Reina, la cocinera, y me ignora por completo.

—Ma...

—Hija, ¿no ves que estoy ocupada?

—Pero es urgente.

—¿Es urgente o es importante? ¿Recuerdas que conversamos sobre eso?

—Es importante... puede esperar —respondo.

De seguro puede esperar, pero estaré pensando en ello todo el día hasta conversarlo en la noche, pienso.

—¿Y las velas, ya las compraste?

—No, es que estaba...

—¡No puede ser, que no te puedas encargar de algo tan sencillo!

—Perdón, Ma.

—¿Tengo yo que ir a hacerlo?

—No, ya le voy a decir a mi papá...

—Tienes diez minutos, ya vamos a comer.

Le pido a mi padre que vayamos a comprar las velas. Cuando volvemos a casa nos sentamos a almorzar. Mi tía se mantiene en silencio durante el almuerzo. Mi abuela, sonriente como nunca. Ha aprendido a ocultarlo, pienso. Al final del almuerzo, cantamos el cumpleaños y mi abuela se sirve tres porciones de torta. Veo cómo sus cachetes se inflan con cada bocado que lleva a su boca. Cómo su barriga crece. Cómo parece que su vestido va a reventar. Debajo de su vestido parece que se inflaran unas llantas de hule,

apiladas. Quizá si las pincho se les sale el aire; como aquella llanta del auto de mi padre que explotó años atrás, camino a la playa. De seguro va a estar más cómoda, porque, así como está parece que no puede ni respirar. Subo la escalera a zancadas y del cuarto de costura agarro el alfiler más puntiagudo que encuentro, porque mi abuela utiliza enaguas y calzones enormes debajo del vestido y necesito atravesar todo eso.

Me siento de vuelta en la silla. Dejo caer un pedazo de torta al piso, cerca del baño, para que Lucky salga de su guarida. Me agacho y me meto debajo de la mesa. Acerco la aguja a uno de sus glúteos y, cuando estoy lo suficientemente cerca, pincho con fuerza. Mi madre levanta el mantel con vigor, me clava los ojos, y sé que estoy en problemas.

*

Pasan los días y tengo miedo de hacer la pregunta. Mi madre sigue indignada por lo ocurrido con mi abuela el día de su cumpleaños. Esa furia me da pavor. Y así, pasan los días y no sé cómo hacerlo. Con esperanza leo el diario de mi madre, pero no hay mención de ella, de Eva, como si nadie la quisiera recordar.

11

Una tarde, mis hermanas y yo llegamos a casa en bus después de la escuela, mi madre nos espera en la vereda de la calle.

—Nació el bebé de su prima Rebeca. Entren volando para que almuercen y se cambien de ropa para ir a conocerlo.

Mi hermana sonrío y entra corriendo a la casa. Quiero corregir a mi madre, que Rebeca no es mi prima, que es mi tía. Porque jerárquicamente es mi tía, aunque no es hermana de mi madre, ya que es prima segunda o tercera de ella. Rebeca tiene dieciocho años. Mi tía abuela, la que todo lo sabe, me contó que Rebeca había conocido a un chileno en Cuenca. Que el chico llevaba meses viajando por Sudamérica en una van Volkswagen. La bruta se había enamorado y se había ido a vivir con él en la van, parando de vez en cuando en los semáforos a hacer malabares para ganar algo de dinero. Cuando él le dijo para viajar al norte y cruzar la frontera hacia Colombia, ella se asustó y decidió no acompañarlo. Se quedó sola. Aunque ni tanto, porque no sabía que había quedado embarazada. Cuando se enteró del embarazo, él se había ido sin dejar rastro.

Contemplo a la bebé en silencio. Admiro su piel perfecta. Rebeca duerme.

—Ma, pero ella no está casada, ¿cómo pudo tener un hijo? —pregunto.

La madre de Rebeca me mira, adolorida. Mi madre clava sus uñas en mi brazo. Su cara revela disgusto. Mi hermana me mira con miedo.

—Hija, las mujeres pueden quedar embarazadas aún sin estar casadas. ¡Qué preguntas haces! ¿Por qué no vas con tu hermana afuera a jugar?

—Pero eso no es lo que nos has dicho —la interrumpo.

—Siempre me has dicho que para poder tener hijos tengo que casarme, y para poder casarme tengo que tener una maestría. ¿Verdad, ñaña? —pregunto, mirando a mi hermana, que me devuelve una mirada petrificada y enmudece. Mi madre me mira como si quisiera matarme.

—Acompáñame afuera un segundo, vamos a conversar —dice mi madre a secas, sin mirar a su prima, cuyos ojos dejan asomar unas lágrimas.

—Me mentiste —susurro frunciendo el ceño.

Mi madre me agarra del brazo y nos pone de pie.

—Discúlpanos Lore, no fue su intención. Vamos afuera un momento y volvemos —dice con compasión.

Mi madre y yo salimos a la sala y nos sentamos en el mueble. Ella parece que va a explotar, su cuello está rojo, su cara poco a poco toma el mismo color. Suelta un suspiro largo y siento cómo en mi garganta se forma un nudo.

¿Ahora qué hice mal?, pienso.

—Hija, te dije todo eso porque es lo que quiero para ti. Que seas una mujer independiente. Que seas profesional. Que tengas una carrera exitosa de la que puedas vivir. Que tengas tus hijos cuando tú quieras. ¡Para que seas libre y no dependas de un hombre jamás! —dice mirándome a los ojos.

—Tu tía se sintió mal porque lo que yo quiero para ti es lo mismo que ella hubiera querido para su hija... pero esa tonta por calzón flojo se cagó la vida —dice mi madre.

—Está bien mamá —asiento con la cabeza.

—¿Entiendes por qué insisto? —pregunta.

—Sí, ma —respondo.

—No quiero que te pase lo que me pasó a mí.

Luego de una pausa larga, continúa:

—Tu papá me pidió que dejara de trabajar para cuidarlas a ustedes y acepté.

Levanto la cabeza y la miro a los ojos cada vez que hace una pausa.

—Para una mujer de mi edad es difícil volver a trabajar. El mundo ha cambiado y yo no avancé con él. ¿Me entiendes? Así que prométeme que vas a hacer lo que siempre les he dicho a ti y a tus hermanas. Estudien una carrera, háganse un nombre, tengan su dinero y luego los esposos y los hijos. Ese es mi sueño para ustedes.

—Está bien, ma. Lo prometo.

Mi madre me atrapa entre sus brazos. Se aferra a un abrazo en el que no encuentro calma. Me libera. Suelta otro suspiro. Siento un cosquilleo incómodo recorrer mi columna.

12

Tengo dieciséis años. Acabo de discutir con mi madre y no sé qué hacer con lo que siento. Si verdaderamente estoy tan loca como dicen, quiero que me encierren en un psiquiátrico y así acabar de una vez por todas con esta pesadilla. Me dejo caer sobre el piso de la sala, rebuzno, lloro, pataleo. Mi padre me agarra del brazo y me pone de pie de un solo jalón. Me guía hacia el baño de su habitación como si fuera una vaca descarriada. Me sienta sobre el inodoro. Agarra un vaso, lo llena con agua del fregadero. Pienso que me lo va a hacer tomar, pero lanza el agua sobre mi cara. No alcanzo a cerrar los ojos cuando las gotas de agua ruedan por mis mejillas y se mezclan con mis lágrimas. Mi madre grita horrorizada. En tus manos está el poder, dice mi padre. Bajo la cabeza y con los ojos entreabiertos intento hacer sentido de las palmas de mis manos. Pero solo veo dos sombras pálidas, temblorosas, diminutas y frágiles.

—Tú eres la única responsable de la reacción de tu madre. Si ya sabes cómo se pone, ¿por qué discutes con ella? Y no te quejes, porque nunca vas a poder controlar cómo reacciona, a ella la respetas y punto —dice.

Quiero gritar, pararme sobre ese inodoro de un solo salto y caerle a golpes a mi padre. Estrellar mis puños contra su cara, su abdomen, pisarle los dedos de los pies, arrancarle las pestañas. Pero no puedo moverme. Grito en silencio, paralizada, desesperada, hasta que me quedo sin aire. La presión en mi garganta es tan intensa que me lagrimean los ojos. Pesan mis manos y se hunden en mi falda. No siento las lágrimas que caen sobre ellas. Mis palmas se tornan grises, mis dedos se alargan y enflaquecen. De los poros brotan pelos gruesos y oscuros que me hacen picar los muslos. Mis uñas crecen y se hacen garras que perforan mi falda. Llevo la pata a mi boca y la lamo con agilidad, ansiosa. Mordisqueo una garra. Soy una rata de un laboratorio farmacéutico suizo. Soy un experimento de crianza. Las patas me sudan a chorros. Con cada grito, tiemblo. A la violencia con violencia. Ese día una parte de mi padre murió. Esa figura que me socorría, desapareció. Mi madre ya casi no está.

13

—¡A mí me va a dar cáncer! —refunfuña mi madre al cerrar de golpe la puerta del taxi.

Los ojos del taxista explotan por el retrovisor. Se vira para reclamarle a mi madre por el golpe, pero ella lo interrumpe y sigue con sus gritos. El taxista desiste.

—No puedo creer la audacia de tu padre, él es un maestro, brillante, a todo el mundo contenta excepto a mí. Un taxi amarillo, no me merezco esto. ¡Me voy a enfermar! —se queja.

Acostumbrada a evadir su mirada, siento cómo sus ojos buscan los míos, esperando que la secunde. Quiero desaparecer, convertirme en una moneda perdida en lo más profundo del asiento trasero de ese taxi, o, en un chicle pegado en el interior de la agarradera de la puerta. Tengo dieciséis años, pero me siento de diez.

—Siempre lo defienden, yo soy la loca, la mala... —lloriquea.

Como quien cierra los ojos, he aprendido a cerrar los oídos. Contemplo a mi madre con la ira exacerbada, levantando sus brazos, jalándose el pelo; no hay quién la detenga. Entramos por la garita de la ciudadela. El taxi se detiene frente a la vereda de la casa. Me siento una zarigüeya indefensa, incomprendida. Mi madre me dirige la palabra y abro los oídos.

—Dios mío que nadie nos vea. Qué vergüenza. Y ahora, ¿cómo vamos a pagar este taxi? —pregunta desesperada. Está acostumbrada a que le resuelvan.

El taxista abre los ojos tan grandes como los de un búho en la noche. No ha emitido palabra, pero yo ya estoy corriendo a toda velocidad a traer la bolsa de tela con monedas que mi padre esconde en el cajón de su velador. En segundos estoy de vuelta con el dinero justo. Pago unos cuantos dólares y centavos al conductor y mi madre camina con furia hacia la casa. Abre la puerta y la lanza detrás de ella, dejándome fuera. Agradezco al taxista y me disculpo por ella, avergonzada. Él solo asiente y se nota que me compadece.

Mi madre no tiene idea de lo que atrae, pienso. De que puede morir de cáncer, puede morir. Cáncer de estómago, como los muertos de la familia de su padre. Como si con eso se pudiera jugar. Como si la tía Victoria, tía de mi abuela, no acabara de morir a causa de ello hace unas pocas semanas. Toya, como le decían, fue una mujer a la que hicieron creer que era tan bella que no había hombre digno de tenerla, me contó mi madre una vez. Pero eso siempre me fue difícil de imaginar. La Toya que conocí fue una mujer pálida, flaca, envejecida y amargada. Su padre, Rafael, el abuelo de mi abuela, fue un

comandante notable de la Fuerza Naval Ecuatoriana, y gracias a ello pudo terminar sus días en un hogar para ancianos, administrado por las Fuerzas Armadas del Ecuador. Vencer o morir, su lema. Pues morir, un poco cada día que pasa en ese lugar. Pelo negro carbón, hasta en el último de mis recuerdos. Lápiz de labio rojo intenso, en sus labios, en mis cachetes (cuando me saludaba), en mi camiseta, en el vaso, en la servilleta, en sus dientes postizos. Tumbada en la cama, dos patas flacas de garza sobresalen por debajo de la sábana. La voltean, de lado a lado, para evitar las escaras. Cáncer de estómago, dicen los médicos. Ese es el mal de nuestra familia, repite mi madre.

*

Cuando muere la tía Toya, mi madre se emputa. Lanza puertas, cajones, golpes. Injuria al cielo. Ensurdece sus pensamientos con la bocina del auto. Nuestra casa es una gallera, nosotros los gallos que pelean. Basta con que se abra la puerta de una habitación para que salgan los cuerpos disparados y vuelen las plumas. No hace falta el poder de la luna para ponernos la piel de gallina a todas.

Mi madre desata su ira porque no se permite la tristeza. La tristeza es para los débiles. A veces, solo a veces, aparece el llanto, pero tiempo después. Cuando mi padre la abraza entre manotazos, en la intimidad de su habitación, cuando ya no puede más, ni con ella misma, se permite llorar. ¿Cómo se contiene tanta emoción reprimida por años?

El dolor de mi madre es mi dolor. El dolor de mi abuela es el dolor de mi madre. El dolor de mi bisabuela... Y me encuentro frente al precipicio una vez más, agarrada de los bordes de la resbaladera, con un hueco en la pierna y el hueso expuesto, frente a la boca del lobo, sintiendo el vacío que no está enfrente, sino dentro. Y siento como el vacío pesa en mi pecho, y es ese peso el que hace que caiga de la torre.

14

Tengo diecisiete años y no dejo de pensar en el precipicio. Me obligo a sentir tristeza porque tengo miedo a lo que ocurre cuando no se la siente. Es un domingo por la tarde, pego la oreja en la puerta de la habitación donde están reunidas mis tías y mi madre. ¿Deberían llevar o no a mi abuela al entierro de su madre?, discuten. Que no le van a preguntar a ella si quiere. Que la Nena va y puede llevarla. Pero ninguna quiere acompañarlas. Nadie más va a ir, dicen. “De nosotros”, querrán decir. Entierro la idea de conocerla, así como mi abuela enterró simbólicamente a su madre décadas atrás.

*

Tengo treinta años y pienso que estas dolencias no tienen sentido. El cuerpo. La cadera. Las manos. Las rodillas. Las alergias. Que es cuestión de mentalizarse para salir adelante, repiten mi padre, mi madre, mi esposo. Un día voy a terapia y descubro que siento lo que mi madre y mi abuela sienten, porque soy empática. Empática transgeneracional, quizá. Busco en Google el término, y en efecto, existe. Traumas transgeneracionales. Me encuentro, una vez más, con la interrogante dormida por años. Reprimida. ¿Qué se siente haber sido abandonada?, pregunto a mi abuela. Y agradezco que no escucha. Tiene dos tacos de cera que bloquean sus oídos. No son ni la sordera senil ni el Alzheimer los que la aíslan. Ella hace como que se confunde y resuelve respondiendo: “sí, sí, todo bien”.

15

Tengo veintiséis años. Tomo sus manos frías y azuladas entre mis manos. Pellizco sus dedos gordos, que siempre han sido gordos, pero ahora más. Espero alguna reacción: una queja, un salto, o un gemido. Ya no siente, al menos. La punta de mi lengua toca dos veces el punto de encuentro entre mis dientes y mi paladar. Con una sencilla repetición del pronombre personal de la segunda persona en singular enuncio su apodo: Tu-Tu. Suplico al cielo por una señal. Contemplo sus párpados en vano. Detrás de ellos se esconden las pepas turquesas que nunca más serán. Mi mano siente la cicatriz que recorre su pecho debajo de la bata de hospital. Años, sin que los volcanes de sus brazos escupen lava, sin que sus piernas sigan el ritmo de una orquesta.

En mi cabeza él vive. Su dentadura superior baila dentro de su boca cuando ríe a carcajadas. Sus churros grises huelen a vaselina. Sus pies talqueados dejan huellas de fantasma por toda la casa. Sus uñas pulcras a veces huelen a mertiolate. En el bolsillo de su camisa, un frasco de Afrin. Sus dedos rascan mi cráneo rebuscando, quizá la cicatriz. Lo quiero como no he querido a ningún otro muerto. ¿Cuándo dejó de abrazarme y empecé a abrazarlo? ¿Por qué no me contó sobre su madre, su padre, sus hermanos? ¿Por qué no le pregunté? Se avergonzaba de ellos, no tenían sus mismas costumbres, escuché a mi madre decir una vez. ¿Cuántos secretos se estará llevando a la tumba? La muerte es el olor de la casa de los abuelos, el olor de su piel.

*

La familia está completa en casa. Hace dos días enterramos a mi abuelo. Mi hermana Marcela, que vive fuera del país desde hace algunos años, está con nosotros. Celebraremos su matrimonio dentro de un mes. Es sábado, una tarde oscura, nublada, de esas en las que pudieran ser la una o las cinco de la tarde. Mi madre, recostada en el sofá de la sala, lee la última novela de Barbara Wood. Mi padre organiza su biblioteca, como suele hacerlo una vez por semana. Años más tarde descubriré que organizar una biblioteca no es una labor que requiere de tanto esfuerzo.

Marcela y yo vemos la televisión, acostadas en el sofá de la sala familiar en la planta alta de la casa. Aún llevamos nuestras pijamas puestas cuando escucho cómo mi madre entra a la cocina —entre antojada y ansiosa— y enciende la licuadora.

—¿Quién quiere batido de guineo? —pregunta con un grito por la escalera.

—¡Yo! —respondemos mi hermana y yo, incorporándonos en el sofá.

Nos miramos y soltamos una risa, porque sabemos que por un instante ambas sentimos el miedo innato de que nos encuentre así, en pijamas, tan avanzada la tarde. Bromeamos, y corremos a la habitación más cercana, que desde hace algún tiempo no compartimos. Cambio la pijama que llevo puesta por una blusa suelta y un calentador. Mi hermana salta dentro de la ducha aún vestida, se hace a un costado y deja correr el agua caliente. Se desviste y toma una ducha. Entro al baño, mojo mi cabeza con el agua del lavamanos y paso un cepillo por mi pelo, para que parezca que me he duchado. Los viejos trucos.

Bajo la escalera a zancadas, hasta la mitad. Me detengo un instante para ver por debajo de la puerta del estudio de mi padre, que no se mueve. Al parecer, ha hecho caso omiso.

Entro a la cocina y veo a mi madre, aún en pijama, sentada en el comedor de diario. Insólito.

—Ven hija, siéntate conmigo —dice, mientras me ofrece un vaso con batido.

—Gracias, ma.

La rodea un aire lúgubre. Luego de un corto silencio, dice:

—Ay hija, tu abuelo... Tu abuelo no tuvo amigos, ¿sabes? Tu abuela estaba tan enferma de celos que no soportaba que tu abuelo dedicara un minuto de su atención a otra cosa que no fuera ella. Ni a nosotras...

Llevo el vaso con batido a mi boca.

—Pero ella no era así solo con él. La primera vez que invité amigos a la casa los persiguió con una escoba porque decidió que era muy tarde y debían irse. Iban a pensar que era una prostituta por andar con hombres hasta tan tarde. Solo eran las 6.

Dirijo una mirada de asombro a mi madre.

—Tu abuela nunca tuvo pasiones. Dudo que haya tenido algún interés en la vida. No leía. No se cultivó. No cultivó sus amistades. Y por celos no permitió que tu abuelo lo hiciera. Ella no vivió su vida por andar queriendo vivirla a través de él.

Asiento con la cabeza despacio, dibujando media sonrisa invertida con mis labios. Tomo otro sorbo de batido, para que continúe. Habla de la abuela como si ya hubiera muerto, pienso.

—Tu abuela nunca se recuperó de la muerte de su padre. Y ahora con lo de tu abuelo, vamos a ver qué nos queda.

Invadida por una tristeza profunda, bajo la mirada. Pero la curiosidad es más grande y titubeo antes de preguntar:

—Me has contado muchas veces que mi abuela quería mucho a su padre... cuánto le dolió perderlo, que fue padre y madre para ella, pero ¿qué pasó con...

—¡Ma, yo quiero batido! —interrumpe Marcela.

Mi madre aprieta el vaso medio vacío con su mano derecha y lo lleva a su boca. Luego se pone de pie y le sirve un vaso de batido a mi hermana. Enseguida Marcela agradece y comienza a describir en detalle la película que estábamos viendo.

*

Al día siguiente, después del almuerzo, mis hermanas, mi padre y yo salimos a caminar. Giramos hacia una calle con casas en construcción. Señalo al suelo y grito horrorizada:

—¡Miren ahí, en el piso!

La silueta de un sapo sobresale apenas del suelo. Quedó atrapado entre el suelo y una aplanadora. Nunca más verá a su familia, ni sentirá el césped bajo sus extremidades al saltar, pienso. Recuerdo el momento en el que sellaron con cemento el nicho de mi abuelo, con el ataúd dentro. Lo atraparon ahí, por siempre, como a aquel sapo. Y rompo en llanto.

16

Tengo veintinueve años, pero me siento de ochenta y cinco, que tiene mi abuela. Aunque ella cree que tiene quince cuando amanece tomada por la demencia. Me mira a los ojos, nombra a todas las mujeres de la familia hasta dar con mi nombre. Hace unos meses perdió parcialmente el dominio de su lengua. El gesto repetitivo de relamer el costado derecho de sus labios en sintonía con cada respiración la cansa, lo veo en sus ojos. A mí me cansa el gesto repetitivo de pararme de la cama cada mañana.

Me siento de ochenta y cinco cuando voy a clase de pilates, con señoras que me duplican y triplican la edad. Me cuesta el cuerpo más que a ellas. Mi cara, reflejada en el espejo del estudio, está arrugada, adolorida, como la de mi abuela cuando le cuesta pararse de un sofá. Una clase suave, para que el cuerpo aguante. La clave está en el cuerpo, pienso. El cuerpo, el cuerpo, el cuerpo, dicen. Pero voy al psiquiatra y me dice que está en la mente, que lo del cuerpo son los síntomas clásicos de una depresión. Que conoce a mi familia y que no es para menos. Así, tal cual. Sin analizarlo mucho, me medica. Pasan las semanas, no dejan de doler la cadera, el cuello, los talones, las articulaciones. Deja de doler el alma, porque estoy tan dopada que no siento nada. Mi cuerpo deambula.

17

Tengo treinta años. Una tarde de julio me posee un espíritu o alguna fuerza sobrenatural, porque decido visitar a mi tía, la Nena, en su casa. Llevo una torta de zanahoria, un tres leches y dos cafés, como si fueran gran cosa. Me siento una intrusa. Me abre la puerta sonriente y me invita a pasar. Vive sola en un departamento de planta baja en una zona segura de la ciudad. Hace muchos años enviudó. Los muebles, libros, candelabros, que alguna vez decoraron una casa amplia en uno de los primeros barrios residenciales de la ciudad, se sienten fuera de lugar en la modernidad del cubo blanco. Lo mismo ocurrió cuando mis abuelos se mudaron, hace un par de años, no tan lejos de aquí. Logramos trasladar su vida entera, en menos de veinticuatro horas, de una casa de dos pisos a un departamento pequeño de planta baja. Mi abuela todavía se despierta a media noche desorientada. Llama a mi madre por teléfono y le pide que la lleve a su casa, que no sabe dónde está, que por favor la saquen de ese hueco de mierda.

Ayer llamé a la Nena por teléfono, pero estaba tan nerviosa que recuerdo poco de lo que hablamos. Recuerdo mencionar que estaba interesada en conocer su historia, y la de su madre. Y quedamos en que la visitaría para conversar. Nos sentamos en la sala. Me pregunta cómo están mi mamá, mi tía, y mi abuela. Me cuenta que estuvo de viaje en Quito visitando a una de sus hijas, que acaba de nacer una nieta, e intento concentrarme en lo que dice, pero siento angustia, me sudan las manos. Cuando se levanta para ir a encender el aire acondicionado, enciendo la grabadora de audio de mi celular y lo escondo debajo de mi pierna, sin su consentimiento. Es la única forma, pienso. Así justifico el delito grave que estoy cometiendo contra su intimidad. No sé por qué lo hago, porque pudiera decirle que tengo intención de grabarla, para recordar en detalle la conversación. Pero me engaño porque sí sé por qué lo hago, porque corro el riesgo que no me cuente la historia completa.

Ella habla. Quiere preguntarme sobre una de mis tías, la que tiene un problema de salud mental, dice. Y no me desgasto en pensar cuál de todas. Pienso en la infidencia de hablar de las intimidades de la familia con alguien ajeno. Sé que se refiere a mi tía Alegría, porque mi madre y ella han tenido roces toda la vida. Me cuenta que una vez la invitaron a ella y a dos primos-tíos de mi madre a almorzar donde mis abuelos, para pedirles ayuda sobre qué hacer con la locura de mi tía. Que una psicóloga les había recomendado que alguien externo intervenga.

Y yo solo pienso en que así va a ser la cosa, la conversación, un intercambio. Yo doy, ella me da. Así que, amarro la cuerda sobre el cuello de mi tía y la entrego. Y lo hago sintiendo que traiciono a mi madre, a mi tía, a mi abuela, hablando de ellas a sus espaldas. Así como siento que ella se traiciona a sí misma, contándome su historia. Cuando pienso en cómo le voy a preguntar sobre su madre, antes de que sea demasiado tarde, ella comienza a hablar:

—Yo debo haber nacido, según mis cálculos, dos años después de que murió mi abuelo Rafael. Él fue marino. Capitán de navío. Un hombre muy inteligente. Mi abuela me contaba que él leía sus libros todas las tardes, incluso en inglés. Cuando estaba en la cima de su carrera, consiguió la publicación de una patente en Estados Unidos, por un invento suyo.

Cuando llego a casa en la noche, una búsqueda en Google Patents confirma lo que mi tía me ha dicho. El 25 de marzo de 1924, el American Shipping Board concede la patente número US1488372A, al compás controlador de rumbos, inventado por su padre, registrado con el nombre *Andrade Tell-tale Compass*.

—Viajó mucho a Guayaquil a lo largo de su vida. También a Nueva York, a las Islas Galápagos, y a Chile. Pasó largos periodos en Valparaíso, mucho tiempo allá. Fue muy alegre, pero ansioso como los chilenos. Se dio la gran vida, gastó mucho dinero allá, según decía mi abuela. Ya te imaginarás a qué se refería.

—Mi abuelo enfermó joven, a los 55 años. Se gastó bastante dinero en su enfermedad. Le recomendaron vivir en un clima más cálido, por los dolores. Por lo que vendieron su casa en Quito y tuvieron lo suficiente como para comprar una en Guayaquil.

—La última vez que lo visitó un médico en casa, fue uno muy famoso, no recuerdo el nombre. Mi abuela me contó que al final, cuando estaba bien enfermo, se agarraba de la cama y gritaba del dolor. Una de sus últimas palabras fueron: “Doctor, cómo es posible que yo, un hombre que ha peleado en la Guerra del Guayabo en Esmeraldas, ha viajado a las Islas Galápagos, al Perú, a Chile, ha venido a morir aquí, en una cama. No me diga nada, yo sé lo que tengo.”

—¿De qué murió? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Cáncer de estómago, se cree. Muy joven, tenía 56 años.

Pienso en mi madre, en mi abuela, y me aflijo. Pienso en mi abuelo, que llevaba días en cama, entre que se iba y que no, agonizando. Tuvo una mejoría leve, pero quienes sabemos cómo es la cosa, eso asusta. Pienso en la madre de mi abuela, que murió sin sus hijas a su lado. Y recuerdo por qué estoy aquí.

—Mi padre, que tenía 23 años, tuvo que madurar pronto, para trabajar y mantener dos hogares, por ser el hermano mayor. Tenía el hogar de su madre, donde quedaron sus cinco hermanos, tres de ellos menores de seis años, y el nuestro, después que se casó con mi madre, donde vivíamos mi madre, mi hermana y yo.

Me paraliza ante la naturalidad con que dice “mi madre”. Porque mi abuela nunca ha sido capaz de enunciar esas palabras en ese orden. Mi tía abuela, tan dueña de su vida, de su verdad, de su valor. Y mi abuela tan cobarde, frágil, e insegura. Cuando mi abuela me ha hablado de su madre, ha dicho “la mamá mía”.

—Mi padre trabajaba en el Almacén García, para los García Villalva, que tuvieron uno de los primeros almacenes de ese entonces, que es como decir los *malls* el día de hoy. El dueño del almacén era un hombre culto, educado, de principios, que llegó a querer bastante a mi padre y lo llevaba mucho a su casa, lo invitaban a pescar, de cacería. Fue él quien formó a mi padre de esa manera, porque mi abuelo viajaba mucho, no tuvo tiempo de educarlo. Ya te conté que él vivía la mitad del tiempo en Chile, y la otra mitad en Ecuador.

Antes de que la conversación vuelva a su abuelo, o su padre, la interrumpo:

—Entonces, me dice que vivía en una casa con su madre, su padre y mi abuela...

Después de un silencio breve, responde:

—Mija, esa parte yo no sé si te la puedo contar mucho, porque para mí es muy triste. Y eso que yo lo he llevado bien. Pero eso a mi hermana, tú no le nombres en la vida. Además de que mi hermana ya no se acuerda, está perdida en su memoria.

Asiento con la cabeza. Avergonzada de haber cruzado la línea. Abusiva. Aprovechada. Con miedo de haberla presionado. Quiero decirle cuánto lo siento, cuánto le agradezco y cuánto aprecio su valentía. Pero vine a escuchar.

Ella saca de debajo de la mesa una caja vieja de zapatos, la abre y dice:

—Saqué unas fotos para enseñarte, las tengo aquí en esta caja. Ya te las voy a enseñar... —dice, mientras ordena las fotografías en sus manos, como naipes.

Me enseña una fotografía en blanco y negro, y dice:

—Este señor, que tú conociste, bien viejito, era mi padre. ¿Te acuerdas cómo se vestía todo de blanco, con su sombrero?

Quiero decirle que no alcancé a conocer a su padre, que nací al año siguiente de su muerte, pero no quiero recordarle a la muerte. Así que asiento nuevamente con la cabeza tímida, y respondo que lo recuerdo tal cual. Luego me enseña otra foto, una señora idéntica a mi abuela.

—Mi abuela tenía el pelo claro, como el de mi hermana, aunque ella se lo pinta.

—¿Nunca habías visto a mi abuela? ¿Mi hermana no tiene foto? —pregunta sorprendida.

—No, en la mudanza hubo algunas cosas que se perdieron —respondo.

—Mira esta foto de acá, en la habitación de mi padre. Tenía una hamaca inmensa, yo ahí me hamaqueaba. Mi hermana era la más engreída de él, pero tenía un carácter muy fuerte, yo era más dócil. Mi hermana siempre fue bien jachuda, y era mañosa, pero yo la quería mucho. Lo que no quería comer, me lo pasaba por debajo de la mesa. El guineo con leche, la sopa de arroz de cebada, que a ella no le gustaban, cosas así. No la dejaban pararse de la mesa si no acababa lo que tenía servido. Y ahí se podía quedar sentada una hora, hasta que mi padre terminaba la siesta. Mi padre le decía a Carmen, la que nos cuidaba, que no le diera nada más y que no le retirara el plato hasta que esté limpio. Pero ella sufría. Y cuando mi padre se iba de vuelta al trabajo, Carmen le retiraba la comida y le hacía un sánduche de queso.

Recuerdo con gracia una situación similar con mi abuela. Cuando almorzábamos, ella se repletaba la boca de lo que no quisiéramos de nuestros platos. Usualmente era carne con habas o pollo a la fricasé. Ella nos enseñó a lanzarle las zanahorias y la col a los conejos que alguna vez tuvimos de mascotas en el patio. Pienso en las abuelas, en su dulzura y el engreimiento que le pueden significar a un niño. Y pienso por primera vez, en que mi madre no tuvo eso, de ningún lado. Algo parecido tuvo por parte de las tías de mi abuela, que eran mayores y la engreían.

De mi cartera saco la fotografía que he custodiado por años. Eva y Rafael, de pie, con mi abuela en brazos y la Nena abrazada a la pierna de su madre. Espero que reciba la foto como una ofrenda, que entienda que venir a visitarla no es un capricho, o porque quiero chisme, sino que responde a una necesidad de acabar con el silencio. Se la entrego, sin decir palabra, y espero su reacción. Ella la sostiene entre sus manos con delicadeza. Los ojos se le hacen agua.

—Esta foto es de cuando éramos pequeñas, bien pequeñas. No sabía que existía. Mira a mi madre, esbelta. Y mira qué graciosa que me veo con ese vestidito y esos lazos. Nuestros padres seguían juntos. Ya cuando era más grande me decían que yo me parecía mucho a mi madre. Que era igual a ella, en su forma del cuerpo, su parada, su inteligencia...

—¿Usted se acuerda de ella? —pregunto, con voz delicada.

La Nena se aferra al silencio, no lo quiere dejar ir. Se ha escondido detrás de él por tanto tiempo que se sentiría vulnerable sin su presencia. Me llega una ansiedad que la siento cómo me apachurra por dentro, desde las pantorrillas hasta el corazón, y me

pregunto: ¿qué más da unos minutos más de aquel silencio? La Nena no responde a mi pregunta. Se muestra pensativa. Balbucea que los cafés se enfriaron mientras se pone de pie y se dirige a la cocina, llevando solo una taza. Camino detrás de ella llevando la otra, como si de un *performance* se tratara. Calienta los cafés en el microondas. Divide la torta de zanahoria en dos. Luego, los calienta unos pocos segundos en el microondas. Prepara un charol de plata con un mantel pequeño de lino bordado. Nos sentamos de vuelta en la sala, agarra la taza con su mano derecha, el plato base con la izquierda. Así las educaron. Luego de soplar el humo del café que baila sobre la taza, dice con templanza:

—Claro que me acuerdo de mi madre —dice, y toma un sorbo de café.

La danza sigue. Tomo un sorbo de café para dejarla hablar.

—La visité a lo largo de su vida, desde que cumplí dieciocho años, cuando mi abuela me lo permitió. Creo que mi padre nunca se enteró, porque no me hubiese dejado. Incluso conocí a sus hijos, que tuvo después, cuando se casó. Pero con ellos no nos vemos mucho desde que mi madre murió. Ellos siempre fueron buenísimos conmigo. Decían: “ya viene la Nenita, la casa tiene que estar limpia”.

La Nena agarra una cucharada de la torta y la lleva a su boca. En vez de imitarla, pregunto:

—¿Cómo era su mamá?

—Mi madre trabajaba. Era profesional. Trabajaba como contadora. Creo que en algo del municipio. No sé... O era el Consejo Provincial. Ella trabajaba para un abogado.

—¿Y ahí se conoció con su padre?

—De eso no estoy segura. Eso nunca le pregunté a mi madre... Antes, uno casi no intervenía en las conversaciones de los mayores, ni preguntaba nada, ni sabía nada.

¿Acaso me está juzgando?, pienso.

—Pero lo único que sé es que mi madre era la más jovencita de todos. Cuando se separó de mi padre, le puso como condición que mi hermana y yo no nos íbamos a quedar viviendo con él, un hombre solo, ni con ella, que era tan joven, sino con mi abuela Amada, la madre de él. Porque en esa época imagínate tú a un hombre cuidando solo a dos niñas. Insólito.

Asiento con la cabeza. Decido llevar un bocado de torta a mi boca, para que siga hablando.

—Entonces, así quedaron. Nosotras nos fuimos donde mi abuela. Mi hermana habrá tenido unos dos añitos, y yo habré tenido tres, o cuatro, algo así. Pero éramos pequeñas. Entonces nos criamos así: con mi abuela; mi tía Victoria, que nunca se casó; y mi tía Emperatriz. Éramos las niñas bonitas de ellas, las muñequitas, decía mi padre. Mi

abuela nos cosió vestidos a lo largo de nuestra infancia, nos educó en modales, nos enseñó todo. Y mi padre, fue padre y madre para nosotras.

—¿Cómo fue la relación de mi abuela con su madre?

—Tu abuela conoció muy poco de esa relación de madre e hija, porque era más chiquita. En cambio, yo sí era la niña bonita de ella. A mí me decía: “Nenita”. Mi hermana siempre fue más pegada a mi padre. Yo no sé cómo sería bien el asunto, pero con mi hermana no era muy... No sé, pero ella debe haber pensado, quizás, que mi madre la dejó muy chiquita. Ha de haber sentido ese abandono, ese resentimiento.

Un escalofrío recorre mi columna cuando escucho esa palabra. Abandono.

—Porque no es lo mismo criarse con una madre, que con una abuela.

—Cuando se separan mi padre y mi madre, al poco tiempo él se vuelve a casar. Su nueva mujer se llamaba Maruja, una mujer tan buena. Era blanca y guapa. Ella cosía hermoso, y le hacía todos los vestidos a tu abuela. Yo no me acuerdo que a mí me haya cosido. Mi hermana la adoraba, la quería como a una madre. Ella le dibujaba lo que quería y Maruja le hacía los vestidos. Mi padre tuvo dos hijos con ella: Jaime y Rafael, que vinieran a ser mis medio hermanos. Vivimos con ellos una época, antes de que mi hermana y yo nos casáramos, cuando ellos eran pequeños.

Asiento varias veces, para hacerle entender que estoy atenta.

—Rafael vino como por el año 2000. Yo lo fui a visitar mucho antes, para pasar un Fin de Año con él y su familia en Florida, justo después de que murió mi esposo, Ovidio. Mi hermana nunca lo fue a visitar, le daba miedo viajar. Me quedé hasta finales de enero y a lo que regresé me encontré con la noticia de que mi madre estaba mal. Al poco tiempo falleció, no han de haber pasado ni dos meses. Yo fui al entierro, mi hermana no quiso ir. O, al menos eso creo. Mi madre fue una mujer sana. Yo era la niña bonita de ella. Hasta ahora guardo la ropa que usaba cuando era pequeña. Las hermanas de mi madre vivían en Estados Unidos y nos enviaban vestidos. Mi madre decía con gracia que era de los Guerra *pobres*, no de los millonarios, dueños de empresas, por eso casi todos sus hermanos se fueron a vivir a Estados Unidos. Pero, como ella era mujer, sabía que uno allá cuando se casa no tiene quién le ayude, y le iba a tocar llevar una vida de señora, ama de casa, por eso se quedó. Pero mira que lo mismo le tocó acá. Cuando yo era recién nacida, a mi madre la quisieron mandar a la Sierra, a un internado para señoritas, para que aprenda de todo: cómo comer en una mesa, cómo comportarse, para ser una “señorita”, ama de casa. Además, pensaban que como era muy joven no nos iba a poder educar. Pero ella no quiso, y con el accidente de tu abuela...

La interrumpo, vehemente, aunque recuerdo con claridad aquel episodio en el que vi la cicatriz en la pierna de mi abuela:

—¿Qué accidente?

—Tu abuela casi pierde una pierna. No sé bien qué habrá pasado, yo era pequeña, pero ella se cayó y se le infectó el hueso, casi le cortan la pierna. Cada vez que mi padre lo recordaba, se ponía furioso. No le permitía a mi hermana usar faldas o vestidos cortos, porque se le veía la cicatriz. Además, que ella era más gordita que yo, y según mi padre los vestidos no le lucían...

La Nena se detiene. Suspira. Me mira a los ojos. Pienso en si se acuerda o no, que tuvimos esta conversación años atrás. Está cansada, se ha hecho de noche. Acepto que la conversación ha llegado a su fin. Le agradezco por recibirme, por darme su tiempo. Me pongo de pie y me despido con la cabeza, sin ver atrás, evadiendo esa mirada devastada, sabiendo que quizá no vuelva. Sin saber cómo pedir disculpas.

*

¡Qué absurdo! Pensar que una conversación me pueda arreglar la vida. Ahora lo veo, pero en ese entonces no. Conduzco a casa, donde me esperan mi esposo y Ofelia, mi perra. En el camino, que demora menos de diez minutos, siento los glúteos tensos, los músculos intercostales hechos piedra, la tensión que baja desde la coronilla hasta el cuello. Mareo. Un picahielo punzante perfora mi hueso parietal y penetra mi cerebro. Náuseas. Manchas negras en el cielo: el aura. Orillo el auto y tomo dos Excedrin Migraine del frasco que llevo siempre en la guantera.

Necesito descansar, es la frase que repito y escucho, y repito y escucho, de mi boca, de la de mi madre, de la de mi hermana, de la de mi abuela, de la de las mujeres que no damos más. ¡Estoy cansada, necesito descansar!, me quejo. ¡Cómo odio quejarme!, lloro. Cansada, ¿de qué?, me preguntan. Si no has hecho nada en todo el día, me juzgan. ¡Es que me duele!, lloro. ¿Qué te duele?, me preguntan. ¡Todo!, respondo. ¡Me duele vivir, no quiero vivir!, pienso.

Entro a mi habitación y saludo a mi esposo, que pone cara de que no quiere saber, que prefiere no preguntar, pero lo hace. ¿Cómo estás?, pregunta. Y respondo lo de siempre, aunque no sea cierto: bien, amor. Desnuda entro a la ducha, dejo correr el agua caliente, me arrodillo en el piso, dejo caer mi tórax sobre mis piernas, postura del niño. Dejo caer el agua hirviendo sobre mi espalda. No sé cuánto tiempo transcurre. Me acuesto sobre mi lado derecho y cubro mi oreja izquierda para que no entre el agua —porque si

me acuesto sobre mi lado izquierdo no puedo respirar—. Por eso elijo siempre la ventana derecha en el asiento trasero del auto, en el avión, ese lado de la cama, porque el tabique desviado que no me deja respirar. Mi esposo lo sabe. Porque se supone que respirar es una necesidad básica. ¿Por qué no puedo simplemente dejar de pensar?, pienso. Me tumbo sobre mi espalda, con las piernas recogidas, las abrazo fuerte, como quisiera que me abracen. Cabeza hacia el lado derecho, porque, aunque no entra aire por un hueco, igual puede entrar el agua a la nariz. Los ojos cerrados desde que entré a la ducha. Me pongo de pie para ver si duele. Pero es absurdo, porque siempre duele. ¿Cómo va a querer ser madre este cuerpo que duele? Pero muchos otros cuerpos adoloridos o diversos o ambos pueden, respondo, como respondiera si fuera *progre*. ¿Y esta cabeza?, pienso. ¡Qué ingrata, después de todo lo que he hecho por ti!, pienso que me insulta mi mente, o mi madre, que es la misma voz. ¡Malagradecida!, murmullo. Después de todo lo que mi cuerpo hace por mí, repito. Siento mi estómago hacerse un ovillo. Me patea el hígado. No la dejaré entrar, repito. Pero nunca se fue. La ira ha estado conmigo siempre. El cuerpo sigue igual. La verdad no cambia nada. Los ejercicios somáticos, el trauma atascado en el cuerpo, el tapping, los movimientos de cadera, la calistenia, el estoicismo, las pastillas, dicen. Mentira. Las pastillas solo adormecen la ira que se apodera de mi cuerpo.

18

No sé si tengo trece o treinta años. ¿Qué más da si mi cuerpo se hunde y se confunde en el asiento trasero del auto? Mi padre maneja, mi madre a su lado. Mi hermana Marcela y yo, detrás. Nuestros cuerpos se desplazan juntos, por inercia, hacia el aeropuerto. Antes de salir de la casa discutí con mi hermana porque no estuve lista a tiempo. Para variar, dijo mi madre. Si supieran lo tortuoso que se ha vuelto.

Mi padre agarra el volante con firmeza. Antes de hablar levanta ligeramente los pulgares del volante: una, dos, tres, cuatro veces. Hace una pausa y habla. Entre la tercera y la cuarta siempre lo interrumpo. Pa, ¿qué opinas del presidente? Pa, ¿alguna vez has buceado? Si pudieras viajar en el tiempo, ¿qué preferirías, viajar al pasado o al futuro? Esta vez, sus manos tensas no sueltan el volante, sus pulgares más pegados que con Súper Bonder. Baila la rueda que opera las llantas del auto, hacia la derecha, hacia la izquierda. Mi madre aprieta los puños con cada giro del volante, estira la pierna derecha con cada frenazo. Es inconcebible para ella no estar en control. Pero en momentos así tampoco quiere tenerlo, por miedo. La impotencia nubla su criterio, de a poco. La tensión nubla mi mente, me drena, hasta que estrellas sin luz aparecen en el techo del auto. Hoyos negros las succionan. Todo negro. Me quedé ciega, pienso. ¡Auxilio!, lamento en silencio. Entre tanto loco, ¿aquí quién me salva?, pienso. Pero recuerdo que así son las migrañas con aura, las he tenido antes. Saco de mi bolso dos Excedrin Migraine, las tomo con un poco de agua de mi termo. Cierro los ojos, recuesto la cabeza y espero a que pase. Los reclamos de mi madre me aturden. ¡Cuidado! ¡Por ahí no! ¡Más despacio! ¿Qué no estás viendo al frente? Nos aturden a todos, menos a ella. Tanto despotrique y ser la misma persona, tantos años después. Las abejas nos envuelven. Sus picadas nos paralizan. Apretamos los cuerpos desde los tobillos hasta la coronilla. Por eso duele. Y duele admitir que la voluntad no puede contra esa ira ancestral. Busco los ojos de mi padre en el espejo retrovisor, y al encontrarlos, la ira que regurgita en nuestro interior se reconoce. Recuerdo haber visto los ojos de mi padre en el retrovisor cuando era pequeña. Pero desde ese entonces he crecido por lo menos unos treinta centímetros y mis ojos aún encuentran a los suyos en el retrovisor. Entiendo que es mi padre quien ha buscado verme todo este tiempo. Quiero sonreír, pero le tengo pavor al enjambre de abejas. Ellas siempre eligen atacar a quien les ha hecho daño antes, a quienes no se subyugan como súbditos. Son vengativas, las abejas que salen de la boca de mi madre.

*

Con la mano con la que mi abuela agarra la escoba y ahuyenta de la casa a escobazos a los amigos de mi madre, mi madre agarra el tenedor que lanza y aterriza a un centímetro del ojo de mi hermana; con la mano con la que mi madre lanza el tenedor yo agarro una cuchara repleta de arroz caliente y lo lanzo en la cara de mi esposo. No es la tristeza la que heredamos, sino la ira. La que protegió a mi abuela y no le permitió llorar cuando su madre la abandonó. La que protegió a mi madre y no le permitió llorar por tener un ejemplo de maternidad tan cruel. La que nos protegió, pero nos enfermó el cuerpo y sumió en la melancolía. Y nos hizo creer que podíamos pisotear, exprimir, ahogar, violentar a los que nos hieren.

Que alguien te salve, abuela,
Llena eres de ira,
Mi madre y yo estamos contigo.

Amén.

Mi abuela, mi madre y yo somos tres tristes tigres. Madre por ahí no es, quiero decirle. pero es tarde. A tu madre nunca la vas a cambiar, repite mi padre ante mis quejas adolescentes. Solo eres capaz de controlar tu reacción, dice. Entonces, me alejo, me acorazo, me encierro. Hago lo posible antes de ser madre. Porque cuando se es madre ya no hay vuelta atrás, dicen, o me invento que dicen, para postergarlo el mayor tiempo posible, porque me aterra. ¿Será por eso que mi cuerpo no quiere ser madre?

Me confieso ante mi madre que escribe, que lee, todopoderosa. Leí tu diario, conté tu historia, como querías. Su semblante se desfigura. Quiere castigar. Porque a pesar de que adora el reflejo que le muestra el espejo, sabe que, si se mira lo suficiente, verá una cara imperfecta. No quiere aceptar que el mundo lo nota. Quiero creer que las comisuras de sus labios tiemblan, que su entrecejo se frunce —como solía hacerlo antes del bótox—. Fantaseo con que apaciguo la ira de su pecho y que algún día esa ira no será más; con que la tristeza brotará de sus ojos y me quitará la sed; con que su abrazo, que no abraza, calmará el ahogo. No soy sin ella, sin su lectura, sin su escritura, sin su voz. Su mirada otorga vida. Soy nadie si ella es nadie. Soy una desgracia si ella lo es.

19

Tengo treinta y dos años cuando mi madre llama a mi celular. Tu padre tuvo un accidente, dice con la voz temblorosa. Se le resbaló un vaso de vidrio en la ducha y volamos al hospital, explica. ¿Un vaso de vidrio en la ducha?, me pregunto. Qué extraño. ¿Está bien?, le pregunto. Se cortó la pierna y lo van a tener que coser, dice mi madre. Cuán afligida debo haberla sentido que en unos pocos minutos estoy ahí, afuera del hospital. No termino de parquear cuando se abre la puerta del auto. Es mi madre. Habla sin parar, llora, está roja. Mi padre estaba en la ducha tomando un baño, ella entró y empezaron a discutir. Para no perder la costumbre, dice. La mano de mi madre agarró un vaso con agua y lo lanzó como un proyectil hacia mi padre. El vaso se hizo añicos cuando se estrelló contra su pierna. El agua del vaso desciende por su pierna izquierda como una cascada que se tiñe de rosa, y luego de rojo. Me asusta el placer que siento ante la violencia.

La mano de mi madre no me pudo defender cuando el agua del vaso que agarraba mi padre voló sobre mi cara. Sentada en el asiento de conductor, elevo mis manos y las apoyo sobre el volante, en parte porque necesito comprobar que no son las garras indefensas que reposaban sobre mi falda cuando era una niña aquella vez en el baño de mis padres. El agua del vaso quedó suspendida en el aire por más de una década, hasta que cayó como caen las cosas.

Ocupé los ratos libres de mi adolescencia demonizando a mi madre. La que era incapaz de controlar sus emociones. La que se comportaba como una adolescente o, a veces, como una niña. En confidencia, sentadas en mi auto fuera del hospital, decido preguntarle por qué lo hizo. Que no pudo controlar la ira, que mi padre es un experto en recordárselo cada vez que discuten, me dice. Me confiesa que hace meses que habla con una psicóloga. Sabe que nuestra infancia fue dura y no quiere seguir siendo esa persona, que nos va a compensar, que va a ser una mejor madre y una mejor abuela, que ya veremos. Veo en ella, por primera vez, una mirada suave, que ve a través de mis ojos, casi amable. Reconozco el dolor que la acecha. Las lágrimas corren. Sus ojos brillan. Agarro sus manos entre las mías y le digo con calma que la compensación ya empezó. Me disculpo, para mis adentros, por llevar un monstruo a la luz.

Obras citadas

- Alberca, Manuel. 1996. “El pacto ambiguo”. *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* (Universitat de Barcelona), n.º 1: 9-18. <https://revistes.ub.edu/index.php/bueb/article/view/27946>.
- Bonnett, Piedad. 2013. *Lo que no tiene nombre*. Bogotá: Random House.
- Casas, Ana. 2011. “El simulacro del yo: la autoficción en la narrativa actual”. En *La autoficción: Reflexiones teóricas*, 9-42. Madrid: Arco/Libros.
- . 2017. “Punto ciego del yo: autoficción y padecimiento en Meruane, Nettel y Meabe”. En *Yo-grafías: Autoficción en la literatura y el cine hispánicos*, coordinado por Angélica Tornero, 41-57. Madrid: Síntesis.
- Colonna, Vincent. 2004. “Cuatro propuestas y tres deserciones (tipologías de la autoficción).” En *La autoficción: Reflexiones teóricas*, compilado por Ana Casas, 85-122. Madrid: Arco/Libros.
- Dubrovsky, Serge. 1977. *Fils*. París: Éditions Galilée.
- Lejeune, Philippe. 1975. “El pacto autobiográfico”. En *El pacto autobiográfico y otros estudios*, 49-87. Madrid: Megazul–Endymion. <https://archive.org/details/PhilippeLejeune.ElPactoAutobiograficoYOtrosTextos/page/n43/mode/2up>.
- . 1986. “Autobiografía, Novela y Nombre Propio”. En *El pacto autobiográfico y otros estudios*, 149-89. Madrid: Megazul–Endymion. <https://archive.org/details/PhilippeLejeune.ElPactoAutobiograficoYOtrosTextos/page/n141/mode/2up>.
- Meruane, Lina. 2012. *Sangre en el ojo*. Barcelona: Random House.
- Nettel, Guadalupe. 2011. *El cuerpo en que nací*. Barcelona: Anagrama.
- Piaget, Jean. 1929. *The Child's Conception of the World*. Traducido por Joan y Andrew Tomlinson. Londres: Redwood Press Limited.
<https://archive.org/details/childsconception01piag>
- Rivera Garza, Cristina. 2023. *El invencible verano de Lilliana*. Miami: Vintage Español.
- Vandenberg, Brian. “magical thinking”. *Encyclopedia Britannica*, 9 de octubre de 2019.
<https://www.britannica.com/science/magical-thinking>.
- Wiener, Gabriela. 2021. *Huaco Retrato*. Barcelona: Random House.